

FM-1803

LA NOVELA
TEATRAL

El crimen de la calle de Leganitos
Comedia en dos actos
Mariano Pina Domínguez
y **Emilio Mario (hijo)**

Tovar
1919.

JESUSA LAZCANO

20 cts.



DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

Para que el lector juzgue la importancia de **La novela TEATRAL**, transcribimos a continuación la lista de obras ya publicadas y de otras por publicar, pero cuya autorización ya nos ha sido **oficialmente otorgada**.

GALDÓS.—49. Electra.-53. Doña Perfecta.-58. La loca de la casa.-62. Realidad. - 82. La de San Quintín.-**Sor Simona.

BENAVENTE.—9. Todos somos unos.-102. La copa encantada.-107. El marido de su viuda.

QUINTERO.—66. Doña Clarines.-71. El patio.-75. La escondida senda.-88. El niño prodigio.-**Pepita Reyes.

GUIMERÁ.—113. María Rosa.-114. Tierra baja.

LINARES RIVAS.—16. El Cardenal.-99. La Cizaña.-101. Bodas de plata.

MARTINEZ SIERRA.—29. Primavera en Otoño.-**El ama de la casa.

TAMAYO Y BAUS.—136. Un drama nuevo.-*La bola de nieve.-*Lances de honor.-*La locura de amor.-*Lo positivo.-*Virginia.

DICENTA.—6. El Lobo.-14. Sobrevivirse.-24. El señor Feudal.-30. El crimen de ayer.-60. Daniel.-69. Amor de artistas.-77. Aurora.-92. Luciano.-**Juan José.

ZORRILLA.—*El Alcalde Ronquillo.-130. El Zapatero y el Rey.-131. Sancho García.-El puñal del Godo.-*La mejor razón la es pada.

VILLAESPEÑA.—10. El rey Galaor.-23. Aben-Humeya.-37. Doña María de Padilla.-65. La leona de Castilla.-*El Halconero.-**El Alcázar de las perlas.

MARQUINA.—*En Flandes se ha puesto el sol.-*Doña María la Brava.-*El Refablo de Agrellano.-*Los hijos del Cid.-*El Rey Trovador.

RAMOS CARRIÓN.—84. El noveno mandamiento.-86. La Tempestad.-95. La Bruja.-La muela del juicio.-104. El bigote rubio.-106. Los sobrinos del Capitán Grant.-*Mi cara mitad.-123. Los señoritos.-*La criatura.

VITAL AZA.—32. Francfort.-33. La Retórica.-36. Ciencias exactas.-39. La Pravia-

na.-45. Parada y fonda.-50. Tiquis miquis.-63. La sala de armas.-*Las codornices.-137. El sueño dorado.-125. El matrimonio interino.-*Llovido del cielo.-*El señor cura.-138. El sombrero de copa.-*Con la música a otra parte.-*El afinador.-*Perecito.

RAMOS CARRIÓN - VITAL AZA.—*El señor Gobernador.-119. Zaragüeta.-*Robo en despoblado.-*El padrón municipal.-110. El oso muerto.-132. La ocasión la pintan calva.-118. El rey que rabió.

ECHEGARAY (Miguel).—44. La viejecita.-59. Gigantes y cabezudos.-76. El dúo de la Africana.-91. La Rabalera.-115. Los demonios en el cuerpo.-*La Credencial.-*Los Hugonotes.-120. Entre parientes.

ARNICHES.—2. La sobrina del cura.-11. La casa de Quirós.-19. Las estrellas.-20. Dolores.-21. La señorita de Trevelez.-43. La guntuza.-67. La noche de Reyes.

ARNICHES - GARCIA ALVAREZ.—15. Alma de Dios.-17. El pobre Valbuena.-70. El terrible Pérez.-78. El fresco de Goya.-83. El método Górritz.-87. El cuartoeto Pons.-97. Mi papá.-124. El pollo Tejada.-128. El perro chico.-105. Gente menuda.-122. El príncipe Casto.

GARCIA ALVAREZ - MUÑOZ SECA.—8. El verdugo de Sevilla.-12. Fúcar XXI.-34. La frescura de Lafuente.-51. El último Bravo.-56. Los cuatro Robinsones.-64. Pastor y Borrego.

PASO - ABATI.—13. El río de oro.-40. El gran tacaño.-116. La Divina Providencia.-*El infierno.-*Los perros de presa.-*El Paraíso.-*La mar salada.-*La bendición de Dios.-*El asombro de Damasco.-*El tren rápido.-*El velón de Lucena.-*Nieves de la Sierra.-*La alegría del vivir.

PERRIN - PALACIOS.—74. La Corte de Faraón.-80. La manta zamorana.-81. Pedro Gimenez.-89. La Generala.-93. Pepe Gallardo.-109. El Húsar de la Guardia.-142. Enseñanza libre.

COMEDIAS

1. Trata de blancas.-3. El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacañas.-7. Charito la Samaritana.-18. El hombre que asesinó.-25. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-27. López de Coria.-28. La Gioconda.-31. El misterio del cuarto amarillo.-35. Primerose.-38. Raffles.-41. Mirandolina.-42. Genio y figura.-47. Petit-Café.-48. Los Noveleros.-54. La Tizona.-55. Miquette y su mamá.-57. Los gemelos.-73. Trampa y cartón.-111. El octavo, no mentir.-98. La cena de las burlas.-100. Franz Hallers.-108. La tía de Carlos.-141. La barba de Carrillo.-103. La Tosca.-112. Fedora.-121. Los gansos del Capitolio.-129. El director general.-145. El crimen de la calle de Leganitos.-*La señorita del almacén.-117. El obscuro dominio.-*El umbral del drama.-126. Lo que ha de ser.-143. El Revisor.-*La ciclón.-*La pesca del millón.-140. Papá Lebonnard.-*Jettattore.-*El amor vela.-139. Jarabe de pico.-*El señor Duque.-*El Gobernador de Urbequeta.-133. ¡Tocino del cielo!.-134. Militares y paisanos.-135. Muérete, y verás!.-144. Blasco Jimeno

ZARZUELAS

22. Serafina la Rubiales.-46. La alegría de la huerta.-52. La marcha de Cádiz.-61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranica.-85. La balsa de aceite.-94. El padrino de «El Nene».-96. El señor Joaquín.-*Cinematógrafo Nacional.-*Certamen Nacional.-*Cuadros disolventes.-*La tierra del Sol.-*Las mujeres de Don Juan.-*El País de las Hadas.

(*) Las obras señaladas con un asterisco serán en breve publicadas, y las señaladas con dos, ya lo han sido, en los números 1, 31, 40, 17 y 7 de LA NOVELA CORTA.

Ayuntamiento de Madrid

R. 99.150

FM/1803

EL CRIMEN DE LA CALLE DE LEGANITOS

COMEDIA REFUNDIDA EN DOS ACTOS POR SUS AUTORES

Mariano Pina Domínguez y Emilio Mario (hijo)

PERSONAJES

EMILIA. - CLAUDIA. - ROSARIO. - ELENA. - ROSA. - PRÓSPERO. -
ENRIQUE. - AMBROSIO. - ADOLFO. - FEDERICO. - UN CRIADO

ACTO PRIMERO

Sal: modesta de una casa de campo en Carabanchel, dos puertas laterales y al foro. A la izquierda de éste chimenea con espejo y varios retratos. A la derecha del foro balcón.

Rosa, luego Próspero. Suena dos veces la campanilla y sale Rosa

ROSA.—Allá voy, allá voy, señora. (Vase.)

PROS.—(Sale foro y mira por el balcón.) ¡Que la pillá! ¡que la cogé! Ya la cogió dentro de la estufa. Pero qué aficionados son estos chicos a la estufa! ¡Pobre hija mía, qué feliz es! Ocho días hace que contrajo matrimonio en Madrid en la parroquia de San Millán, con un chico muy simpático, abogado y viudo. Esto no importa, así tiene más experiencia de lo que es el matrimonio. La boda fué por la electricidad. Conoció a mi Emilia, la pidió y se casó. Yo soy muy partidario de todo lo breve. Es verdad que estas cosas tienen a veces sus inconvenientes; yo no conozco a mi yerno ni se de donde viene, pero los informes que me han dado de él son buenos; parece que quiere a mi hija; ella le adora y eso es lo principal. ¡Ah! ¡los hijos, cuánto dan que hacer! Paciencia. De uno es la culpa. ¿Para qué quiere uno ser padre?

Dicho y Ambrosio por el foro

AMB.—¡Hay novedades!

PROS.—Adiós, Ambrosio. ¿Tan temprano por aquí?

AMB.—Vengo echando chispas.

PROS.—Pues mira, haz el favor de marcharte, que puedes pegar fuego a la casa.

AMB.—¡No tengo ganas de bromas.

PROS.—¿Todavía me guardas rencor por lo de tu sobrino?

AMB.—Sí, señor; el no casarle con tu hija fué una acción infame.

PROS.—Pero hombre, si no se amaban; si nunca la dijo una palabra.

AMB.—Mi sobrino la adora. Estoy seguro. Su timidez no le permitió nunca declararse. Repito que la adora.

PROS.—¿Te lo dijo alguna vez?

AMB.—Jamás. Pero yo lo leí en sus ojos.

PROS.—Pues leíste lo que no estaba escrito.

AMB.—¡Despreciar a mi sobrino!

PROS.—¡Y dale!

AMB.—Un joven que acabó la carrera de medicina nace seis meses y que ya es el primer ayudante de don Adolfo.

PROS.—Mucha verdad. Un joven aprovechado. Pero ¿qué quieres? El otro se declaró, mi hija le aceptó, en seguida se casó y se acabó.

AMB.—Después de todo, ¿quién es tu yerno?

PROS.—Un abogado.

AMB.—Sin pleitos.

PROS.—Ya los tendrá.

AMB.—¡Bonita posición! ¡Viudo y abogado! Es decir, un pillo.

PROS.—¡Ambrosio!

AMB.—Un hombre que se llama Moreno y Rubio no puede ser bueno.

PROS.—¡Qué tontería!

AMB.—¿Conoces sus antecedentes?

PROS.—A fondo los desconozco por completo.

AMB.—Antes de admitir un yerno es preciso indagar, inquirir, estudiar sus condiciones físicas y morales; en fin, tomarle...

PROS.—(Riendo.) A cala, como los melones.

AMB.—Ríe cuanto quieras. Afortunadamente, ya que tú no te has tomado el trabajo de averiguar la vida y milagros del que hoy es tu yerno, yo lo estoy haciendo.

PROS.—¿Y quién te mete en lo que no te importa?

AMB.—¡Cómo! ¿Nuestra antigua amistad no me da derecho a velar por tu honor? En cuanto tuve noticias de la boda de Emilia y el nombre de su esposo, puse en juego todos mis conocimientos y gracias a ellos he sabido que tu yerno era, antes de casarse, un calavera, un «cuantas veo, cuantas quiero», un aturdido. ¿Qué tal, eh?

PROS.—¿Nada más que eso? ¡Valiente cosa! ¿Quién no ha sido calavera alguna vez? Precisamente esa es la llave de seguridad que acredita el ser buen marido. Yo mismo, aquí donde me ves, tan formal y tan hombre de bien, tuve en mi primavera un enredillo de la clase de costureras. ¡Qué chica, Ambrosio, qué chica! Solo al recordarla se me hace la boca agua. ¿Qué habrá sido de ella? ¿Y tú nunca habrás tenido algún lio? De seguro.

AMB.—Jamás. Yo solo he querido a mi mujer.

PROS.—Adiós, Catón. Y a propósito de tu mujer. ¿Has sabido de ella?

AMB.—Ni una palabra. Desde hace diez años no la he vuelto a ver. ¡Mal haya la hora en que cometí la torpeza de darla mi mano!

PROS.—Pero, ¿qué pasó entre vosotros?

AMB.—Nada; ¿qué había de pasar? Que su carácter era un polvorín. Por eso una mañana salió de casa y... ¡pum! Hasta hoy.

PROS.—¡Demonio!

AMB.—Como lo oyes.

PROS.—¿Por manera que así, sin más ni más, pum? ¿Y no has vuelto a saber de ella?

AMB.—Nunca.

PROS.—¿Dices que era más joven que tú?

AMB.—Ya lo creo. Agustina contaba diez y nueve años y yo cuarenta y ocho.

PROS.—¡Qué barbaridad! ¡Un viejo gruñón y una flor de Mayo! Pues ya me explico el «pum!»

AMB.—¿Cómo gruñón?

PROS.—Sí, hombre; no se te puede aguantar, créelo.

AMB.—Eso me decía ella: «no se te puede aguantar»

PROS.—¡Pobre Ambrosio!

AMB.—Pero como yo la atrape no va a ser paliza la que va a llevar.

PROS.—Se conoce que la tal Agustina era pájara de cuenta.

AMB.—¡Y tan de cuenta! En fin, no hablemos de eso. Ahora se trata de yerno. Hoy espero nuevos datos que me proporcionará el delegado de mi distrito. Yo no descanso hasta saber la historia de ese hombre.

PROS.—Haz lo que te dé la gana. Yo tengo la seguridad de que Enrique es honrado.

Dichos, Enrique y Emilia que vienen corriendo por el foro.

ENR.—Ahora sí que te cojo.

EMI.—No vale, no vale. (Colocándose detrás de don Próspero.) Papá... sálvame.

ENR.—No te vale ni la bula de Meco. Toma lo prometido. (Dándole un abrazo.) Ahora lo otro.

EMI.—Eso sí que no.

PROS.—Que hay gente extraña. Basta, basta. (Sabe Dios lo que será lo otro.)

ENR.—(Reparando en don Ambrosio.) Usted perdone.

EMI.—¿Cómo está usted, don Ambrosio?

AMB.—Bien; ¿y tú, chiquilla?

EMI.—Yo muy contenta y muy feliz.

PROS.—Don Ambrosio Castaño, íntimo amigo mío. (Presentándole.) Mi yerno.

ENR.—Servidor de usted.

EMI.—(Sentándose.) Estoy cansadísima.

PROS.—Mira; no te sientes de espaldas al balcón. Puedes coger un aire.

EMI.—Si no corre un pelo. Lo que hace es un calor sofocante.

PROS.—En ese jardín no hay sombra ninguna; da el sol de plano y vais a coger una enfermedad.

ENR.—¡Cá! No, señor. En el campo es bueno hacer ejercicio.

EMI.—Eso es. ¿A qué hemos venido a la Guindalera? A hacer ejercicio. Con quince días que pasemos solitos mi marido y yo, lejos de los importunos que no hacen más que turbar la dicha de los recién casados, nos pondremos como nuevos. (Acercándose a Enrique a quien da el abrazo.)

PROS.—(A Ambrosio.) Mira, aquí sobramos dos.

AMB.—Pero...

PROS.—¡Qué quieres... hace ocho días que se han casado!... ¡Necesitan hacer ejercicio!... Mira, Ambrosio, ¿quieres ver qué hermosos están los rosales?

AMB.—Como gustes.

PROS.—Os dejamos solos, entregados al amor. (Suspirando.) ¡Ay... esto me recuerda los tiempos en que yo quería quedarme también solo!... Ahora, ni acompañado.)

AMB.—(A Enrique.) Beso a usted la mano... Adiós, Emilia.

EMI.—Adiós, don Ambrosio.

PROS.—(Cerca del foro se para con don Ambrosio.) ¡Mira qué pareja tan encantadora!... jóvenes, alegres!... Anda, vamos a ver los rosales. (Empujándole.)

Emilia y Enrique

ENR.—¿Quién es ese caballero?

EMI.—Un íntimo amigo de papá y tío de Federico.

ENR.—¡Ah! ¿Es ese el tío Ambrosio?

EMI.—El mismo.

ENR.—Federico me habló varias veces. Creo que es algo extravagante.

EMI.—Mucho. Desde que le abandonó su mujer...

ENR.—¡Ah! ¿Su mujer le abandonó?

EMI.—Hace ya tiempo. Creo que no podía sufrir sus rarezas, además era muy joven, y según dicen... de la cáscara amarga.

ENR.—¡Ja, ja, ja! Tiene gracial

Ayuntamiento de Madrid

EMI.—¿Supongo que permaneceremos aquí todo el tiempo posible?

ENR.—Todo.

EMI.—¿Estoy aquí tan contenta!... Yo ignoraba qué estuviesen también en este barrio Elena y su marido.

ENR.—Todos los veranos vienen a pasar dos meses en su hotelito.

EMI.—¿Pero dónde se ha metido mamá? No la he visto en toda la mañana.

¿Me permites que vaya a darle un beso?

ENR.—Sí; pero vuelve pronto.

EMI.—¿Me quieres mucho?

ENR.—¡Mucho!... Adiós, zalamera.

EMI.—¡Feo!... (Vase segunda izquierda.)

Enrique, luego Adolfo

ENR.—¡Es encantadora! ¡Tiene una candidez que seduce!

ADO.—(Por el foro.) ¿Pero dónde se ha metido ese pillastre?

ENR.—¡Adolfo!... (Levantándose para recibirle.)

ADO.—El mismo, en cuerpo y alma

ENR.—¡Gracias a Dios! ¡Apenas nos vemos, chico. Ni tú ni tu mujer parecéis por aquí.

ADO.—Estoy muy ocupado con mis enfermos. Elena vendrá dentro de un instante, según me ha dicho. No olvidamos que a dos recién casados todo les estorba los primeros días...

ENR.—No seas tonto.

ADO.—Bueno, bueno.

ENR.—¿Estoy en la gloria!

ADO.—¿Tu mujer no tiene pero?

ENR.—¡Es la criatura más encantadora que puede soñarse!

ADO.—¡Afortunado mortal, qué suerte tienes!

ENR.—¿Puedes tú quejarte?

ADO.—La verdad es que no tengo motivo. Elena es un modelo de esposas ¡Ah, ya se me olvidaba! Te traigo un recuerdo.

ENR.—¿Por qué te has molestado?...

ADO.—No vale la pena. Como te casaste de sopetón, no tuve tiempo de regalarte nada.

ENR.—¿Y qué es ello?

ADO.—Un magnífico par de pistolas. Ya verás qué par de alhajitas; para tirar al blanco no tienen precio.

ENR.—¿Dónde están? Las probaremos ahora mismo.

ADO.—Calla, si tengo la cabeza a pájaros. Pues no me las he dejado olvidadas en casa del alcalde?

ENR.—Tú visitas a los enfermos con armas. ¿Sabes que no se quedarán muy tranquilos?

ADO.—Luego las recogeré... Pues volviendo a lo anterior, veo con gusto que otra vez sientas plaza en la vida pacífica y tranquila del matrimonio.

ENR.—No hay mejor vida que esa.

ADO.—¿Lo crees así?

ENR.—Vaya si lo creo.

ADO.—Pues en tu época de viudo no opinabas lo mismo

ENR.—Ni tú tampoco en la de casado.

ADO.—Me hablabas diariamente de cierto arreglito... ¡Ah, pillo!

ENR.—Pues anda que no me hablabas tú poco de cierta viudita encantadora. ¡Tunantón!

ADO.—Es cierto. No puedo negarlo. Ya que pasó no hay que andar con misterios. Se llamaba Agustina.

ENR.—¡Hombre! La mía también.

ADO.—¿De veras? ¿Dónde vivía la tuya?

ENR.—Leganitos, 37.
 ADO.—¡Canario! ¿Cuarto segundo?
 ENR.—De la izquierda.
 ADO.—¡Y la mía también!
 ENR.—¿Cuándo ibas a verla?
 ADO.—Por la mañana. ¿Y tú?
 ENR.—¿Yo? Por la tarde.
 ADO.—Entonces no hay duda. Eramos rivales. ¡Ja, ja, ja!
 ENR.—Sin saberlo.
 ADO.—Y yo que la creía incapaz...
 ENR.—Pues era muy capaz. ¡Muchísimo!
 ADO.—¡Bonita está la clase de viudas!
 ENR.—Pero, dime... ¿No has vuelto a verla?
 ADO.—Nunca.
 ENR.—Ni yo tamooco.
 ADO.—Desde hace seis meses que mudó de cuarto, «volaverunt»
 ENR.—Cabal; esa es la fecha.
 ADO.—La portera sigue siendo la misma.
 ENR.—¿Cómo se llamaba?
 ADO.—Claudia.
 ENR.—Eso es. Tan gorda y tan campechana.
 ADO.—A mí me quería mucho. Por supuesto; ella ignoraba mi verdadero nombre.
 ENR.—Y el mío. Esa precaución se toma siempre.
 ADO.—Para la portera era yo don Filemón.
 ENR.—Y yo don Jeremías.
 LOS DOS.—¡Ja, ja, ja!

Dichos, Federico, foro

FED.—¿Hay permiso?
 ENR.—(¡Silencio!)
 ADO.—(¡Cállate!)
 ENR.—Hola, Federiquito.
 FED.—Servidor de usted.
 ADO.—¿Qué es eso? ¿Ocurre algo?
 FED.—No, señor. Nada. Creí que se había usted marchado a Madrid de pronto, y por si había usted dejado aquí algún encargo...
 ADO.—No. Hasta la tarde no nos vamos.
 FED.—Cuando usted guste.
 ADO.—Aquí lo tienes. Hecho todo un sabio.
 FED.—Por Dios, don Adolfo. No me avergüence usted.
 ADO.—Hace dos meses le llevo de ayudante y nunca se separa de mí.
 FED.—Estoy aprendiendo mucho a su lado.
 ADO.—Para los vendajes no tiene precio.
 FED.—Usted me favorece.
 ADO.—En cambio no diagnostica muy bien todavía.
 FED.—Me falta el ojo, ¿sabe usted? Un médico debe tener buen ojo. Así, yo miro a un enfermo, digo... pulmonía y luego es dolor de muelas. Otras veces le pulso, vuelvo a mirarle y exclamo: ¡Se muere! Y en efecto; vive luego treinta años tan gordo. Por eso digo que me falta el ojo.
 ENR.—¡Oh! Usted es muy joven todavía. Ya verá usted cuando siente del todo esa cabeza, ¡cuando se case y se haga todo un hombre!
 FED.—¡Yo casarme!
 ENR.—¡Cómo! ¿A usted no le tira el matrimonio?
 FED.—¡Qué ha de tirarme! El matrimonio es un yugo, lo mismo que el que le ponen a los bueyes

ADO.—¡Ja, ja, ja!
 ENR.—¡Hombre, reflexione usted que los dos somos casados!
 FED.—¡No! ¡No lo digo por ustedes!
 ENR.—Si su padre de usted no se hubiera casado...
 FED.—¡Toma! A estas horas estaría yo en el limbo.
 ENR.—(A Adolfo.) ¡Me parece que lo está todavía!
 FED.—(Pues señor; no veo a su mujer por aquí. Y ella dijo que venía a esta casa. ¿Se habrá quedado sola?) Con permiso de ustedes...
 ENR.—¿Se marcha usted ya?
 FED.—Voy a ver a un enfermo. (A Adolfo.) Ya sabe usted, don Lucas.
 ADO.—Sí, el veterinario.
 ENR.—¿Qué tiene?
 ADO.—Casi nada. Un catarro.
 FED.—Justo. Yo lo tomé por erisipela.
 ENR.—¡Pero, hombre!
 FED.—Me falta el ojo. Vaya hasta luego. (Corro a su casa. Debe hallarse sola.) (Vase foro.)

Dichos menos Federico

CDO.—Es un inleliz.
 ENR.—Sí; un infeliz que mata a cualquiera.

Dichos, Emilia, y doña Rosario, segunda izquierda

ROS.—¡Oh, que está aquí el doctor! ¿Cómo va, don Adolfo?
 ADO.—Perfectamente. ¿Y usted, Emilita?
 EMI.—Tengo que reñir a ustedes.
 ADO.—¿A nosotros?
 EMI.—A usted y a su mujer. ¡Tanto tiempo sin venir a vernos! A ella no se lo perdono. Ya sabe usted que nuestra amistad es más antigua...
 ADO.—Sí. Ya sé que son ustedes muy amigas. Pero Elena se halla siempre tan ocupada... Ahora vendrá. La dejé ahí cerca, y... ¿Conque la luna de miel?
 EMI.—Así parece.
 ROS.—Y tanto. Miel de la Alcarria. Pero hablemos de mi marido. Hace unos días que está muy inquieto. En la cama no hace más que dar vueltas toda la noche, a un lado y a otro.
 ADO.—Eso es bueno, señora.
 ROS.—¡Qué ha de ser bueno! ¡Si viera usted cómo tengo el cuerpo de cardenales de los puntapiés que me pega!...
 ADO.—Quiero decir, que es muy natural. Estamos en primavera, y la sangre bulle. Que tome unos refresquitos.

Dichos, Elena y Próspero, foro

EMI.—Ya está aquí Elena. (Abrazándola.) Adiós, ingrata. ¡No venir a verme en tanto tiempo!
 ROS.—(A Adolfo.) ¡Hola doctor!
 ADO.—Felices.
 ELE.—Los recién casados buscan la soledad.
 EMI.—Tú no molestas nunca.
 ELE.—(A Emilia.) (Tenemos que hablar.)
 ADO.—Vaya, vaya; ahí dejo a mi mujer. Yo debo hacer varias visitas.
 ENR.—Te acompañaré hasta la puerta.
 ADO.—Adiós, señora. Ya sabe usted: refrescos. Hasta luego don Próspero.
 ROS.—Hasta luego.
 ADO.—(A Enrique.) ¿Te empeñas en acompañarme?

Ayuntamiento de Madrid

ENR.—Vamos, hombre. (Vanse foro.)

ROS.—Con permiso de ustedes voy a dar algunas órdenes.

PROS.—Sí; dejemos solas a estas muchachas. Como no se han visto en algún tiempo, tendrán mil cosas que decirse.

ROS.—Ven, Próspero; voy a darte un vasito de horchata.

PROS.—¿A mí? No tengo sed.

ROS.—No importa. Es muy higiénico. (Vanse segunda izquierda.)

Elena y Emilia.

EMI.—Ya estamos solas. Habla. ¿Qué querías decirme?

ELE.—Tú eres mi amiga leal.

EMI.—¿Puedes dudarlo?

ELE.—De ningún modo.

EMI.—¿Se trata de algo grave?

ELE.—No; ¡qué tontería! Se trata de un joven que sin duda se ha propuesto comprometerme con un amor tan osado como ridículo

EMI.—¡Hola, hola!

ELE.—Me refiero a Federico.

EMI.—¡Federico!

ELE.—Ya sabes que mi marido le protege.

EMI.—Es natural.

ELE.—Que desde hace dos meses le sirve de ayudante y apenas se separan. Pues bien; el necio se ha empeñado en hacerme la corte y en aprovechar para ello cuantas ocasiones se presentan. Yo me rei al principio; después me puse seria y hoy necesito terminarlo todo.

EMI.—Bien hecho.

ELE.—Hace tiempo cometí la torpeza de contestarle a una de sus cartas creyendo que, al quitarle toda esperanza, desistiría de sus propósitos.

EMI.—¿Le has escrito?

ELE.—Cuatro palabras que, aunque en nada me comprometen, le dan derecho a suponer lo que no existe. Pues bien; ayer juré devolverme mi carta; pero como he decidido no celebrar a solas nueva entrevista, le indiqué la conveniencia de que fueses tú la encargada de recibirla.

EMI.—¡Ah!

ELE.—Hoy mismo vendrá a devolvértela y es el favor que exijo de ti.

EMI.—¿Nada más?

ELE.—Puedes leerla para convencerte de mi inocencia.

EMI.—¡Oh! Nunca la puse en duda.

ELE.—¿Por manera que recibirás la carta?

EMI.—Y le echaré un sermón a ese mequetrefe.

ELE.—¡Qué buena eres! Vaya; adiós.

EMI.—¿Te marchas?

ELE.—No quiero que mi esposo nos sorprenda ahora aquí si por casualidad viniese. Adiós y prudencia, ¿eh?

EMI.—No tengas miedo. Aguarda, te acompañaré hasta el jardín. (Vanse foro.)

Próspero y doña Rosario, segunda izquierda.

ROS.—Calla. No quiero saber más. Estoy aterrada.

PROS.—Calma, mujer. Pronto tendremos datos. Ambrosio los traerá, y si al fin resulta que nuestro yerno es un calavera y un perdido, velamos por nuestra hija.

Ayuntamiento de Madrid

AMB.—(Muy agitado.) Gran noticia.

ROS.—¿Qué ocurre?

PROS.—¿Qué sucede?

AMB.—(Mirando a todas partes.) ¿Estamos solos?

PROS.—Creo que sí.

AMB.—(Cogiendo a don Próspero y a doña Rosario de las manos y bajando con ellos al proscenio.) ¡Horrible! ¡Espantoso! ¡Inaudito! ¡Fenomenal!

PROS.—¡Atiza!

ROS.—Me asusta usted.

AMB.—Acabo de recibir noticias...

PROS.—¿De quién?

AMB.—De tu yerno.

PROS.—¿Eh?

AMB.—Mi sobrino que, según me ha dicho, ha estado aquí buscándome, acaba de entregarme una carta.

PROS.—¿Y esa carta?

AMB.—Es del delegado a quien te dije esta mañana que había pedido noticias.

PROS.—Me lo figuré.

ROS.—Pero, ¿qué sucede?

AMB.—¡Valor, señora! Hay trances amargos en la vida... ¡valor!...

PROS.—Pero, ¿quieres hacer el favor de hablar?

AMB.—Voy. Aquí está la carta. (Enseñándosela.)

ROS.—Venga. (Cogiéndola.)

PROS.—¡Pronto, a ver qué dice!

ROS.—(Lee.) «Señor don Ambrosio Castaño. Mi querido amigo...

AMB.—Punto.

ROS.—No; dos puntos.

AMB.—Punto, señora. No siga usted. ¡Ah... el corazón de una madre guarda tesoros de ternura que no le permiten leer ciertas cosas!... (Quitándole la carta que entrega a don Próspero.) Sigue tú.

PROS.—«Señor don Ambrosio Castaño. Mi querido amigo...»

AMB.—Punto.

PROS.—¡Dale, hombre! Dos puntos.

AMB.—Punto en boca.

PROS.—Eso es otra cosa; aquí hay dos puntos en papel.

AMB.—Tú eres padre, y el corazón de un padre guarda tesoros de ternura que no le permiten leer ciertas cosas. (Cogiendo la carta.)

PROS.—¡Por las once mil vírgenes! ¿Quieres hacer el favor de leer?

AMB.—En seguida. ¡Escuchen ustedes y estremézcanse!... (Leyendo.) «Señor don Ambrosio Castaño...»

PROS.—Punto... El corazón de un padre guarda tesoros... Al grano.

AMB.—Aquí está el grano. (Leyendo.) «Ese Moreno y Rubio de quien usted me pide noticias, habitó el año ochenta, en compañía de su primera mujer, en la calle de Leganitos, 37...» ¿No sabían ustedes nada de esto?

PROS.—No. El dice que ha vivido siempre en la calle de San Quintín, 42.

AMB.—Claro; pero es porque en la de Leganitos se armó la de San Quintín. Ahora verás: «Ese sujeto fué aquel que en dicha época asesinó a su esposa, pegándole cuatro tiros de revólver... (Movimiento de horror en don Próspero y doña Rosario.) asesinato que se conoció con el nombre de «El crimen de la calle de Leganitos.»

ROS.—¡Cielos!... ¡Cuatro tiros!

PROS.—(Estupefacto.) ¡Una descarga cerrada!

ROS.—¡María Santísima!... ¡Hija de mi alma!...

AMB.—Silencio; hay más.

PROS.—¿Más tiros todavía?

AMB.—«Su esposa le engañaba. Tenía un amante.»

PROS.—¡Ah... eso cambia la cuestión!

ROS.—¿Te atreves a disculparle? ¡Una mujer no es una perra!

PROS.—Pues por eso. A una perra se la deja, pero a una mujer se la mata. Lo mismo hubiera hecho yo en su caso.

ROS.—¿Me hubieras pegado cuatro tiros?

PROS.—No.

ROS.—¡Ah, vamos!

PROS.—Yo te ahogo.

ROS.—¡Bárbaro!

AMB.—Silencio. «La circunstancia de haber cogido a su mujer en flagrante delito, le valió el ser absuelto por los tribunales...»

PROS.—¿Lo ves? Fué absuelto.

ROS.—¿Pero dejará de ser un asesino?

AMB.—Un asesino, sí, señora. Y de la peor especie. Si le hubiera pegado un tiro, vamos, pase... ¡pero cuatro!... ¡Con quién han casado ustedes a su hija!

ROS.—¡Qué horror!

PROS.—Vamos, calma, calma, reflexionemos... En primer lugar, el asesino puede que sea otro del mismo nombre. Hay muchos Morenos y muchos Rubios.

AMB.—Sí; pero Morenos y Rubios a la vez no hay más que ese.

PROS.—Bueno; pero hay otra circunstancia. Su mujer le engañaba, cosa que no hará nunca nuestra hija.

AMB.—¡Quién sabe!

ROS.—Eso no, respondo de ella; está educada bajo los más sanos principios de moral.

AMB.—Calma y tranquilidad. La carta dice más. Escuchen ustedes; «La portera de la casa donde se cometió el crimen podrá dar más detalles, pues es la misma de aquella época.»

ROS.—¿La portera? Pues es verdad. Esa nos lo dirá todo.

PROS.—Quién sabe. A veces las porteras no dicen una palabra.

AMB.—De todos modos, bueno sería interrogarla.

ROS.—Naturalmente: si se pudiese lograr que viniese aquí, vería a nuestro verno y... ¿Por qué no la escribes?

PROS.—En seguida.

AMB.—Yo llevaré la carta.

PROS.—Eso es. Tomas un coche. En veinte minutos llegas a Madrid; coges a la portera y la empaquetas en un simón y... En dando una buena propina se hace de las porteras lo que se quiere.

AMB.—Preferir ese hombre a mi sobrino, un joven que no ha matado una mosca.

PROS.—(Ese las matará callando.) Vamos a ver. (Escribiendo.) Portera.

AMB.—Hombre, a secas me parece que es rebajarla.

PROS.—Más abajo que las porteras no vive nadie.

AMB.—No obstante, pon... Señora portera.

PROS.—Eso parece la canción aquella,
Señora portera,
tengo un compromiso...

«Querida portera.»

AMB.—Vamos, eso puede pasar, porque lo de querida dulcifica la portera.

PROS.—«Tenga usted la bondad de venir inmediatamente; se trata de un asunto de honor que tiene para los dos la mayor importancia.» Esto despertará su curiosidad. «Me urge mucho. Próspero Martínez.» Señas. «Guindalera. Hotel del Císte. Buena propina.» De otro modo no viene.

AMB.—Silencio... Enrique. Yo me marchó a Madrid. Si hablo con la portera, volveré esta misma tarde.

PROS.—Inquiérese, Ambrosio. Trae datos inconcusos,
AMB.—No tengas cuidado. (Vase.)

Próspero, Rosario y Enrique

ENR.—(Saliendo foro.) Me parece que ya es hora de comer.
PROS.—Un momento.
ENR.—¿Quería usted algo, papá suegro?
PROS.—(Mirándole y aparte a Rosario.) Repara su nariz.
ROS.—Ya la veo.
PROS.—Aplastada; perro pachón.
ROS.—Mira, mira que entrecejo tan pronunciado.
ENR.—¿Por qué me examinan ustedes de esa manera?
PROS.—Señor don Enrique; es preciso que hablemos con franqueza.
ENR.—Vaya una gravedad!
ROS.—(A Próspero.) No le exasperes, Próspero.
PROS.—(A Rosario.) ¿Tienes miedo?
ROS.—Mucho.
PROS.—Y yo también.
ENR.—Vamos, continúe usted.
PROS.—(Muy amable.) Señor don Enrique.
ENR.—Y van dos.
PROS.—Desde hace ocho días eres nuestro yerno. Un yerno es casi un hijo y un hijo no debe tener secretos para sus padres.
ENR.—Bueno, ¿y qué?
PROS.—Que tú guardas para con nosotros un secreto de suma trascendencia.
ENR.—¿Yo?
PROS.—¡Sí, señor! ¡Usted! (Con severidad.)
ENR.—¿Cómo?
ROS.—(A Próspero.) No le irrites.
PROS.—Digo, tú. (Sonriendo.) Tú, amado yerno mío.
ENR.—Si no se explica usted más claro.
PROS.—A eso voy. Más claro. Tú nos has dicho que siempre has vivido en la calle de San Quintín.
ENR.—Sí, señor.
PROS.—Pero no nos has hablado una palabra de la calle de Leganitos.
ENR.—¿Eh?
ROS.—(Aparte.) Se turba.
ENR.—¿De la calle de...?
PROS.—Leganitos, 37.
ENR.—(Aparte.) ¡Demonio! ¡Donde vivió Agustina!
PROS.—(Muy severo.) ¿Negará usted, yerno incivil?...
ROS.—(A Próspero.) No le insultes.
PROS.—(Muy cariñoso.) ¿Negarás, idolatrado yerno, que conoces muy bien el número 37 de la calle de Leganitos?
ENR.—(Lo mejor es hablar claro.) ¿Por dónde se ha enterado usted de esa historia?
PROS.—(¡Lo afirma! ¡Ya no hay duda!)
PROS.—La casualidad nos puso en autos. Hay cosas, señor mío, que no pueden quedar ocultas.
ENR.—¿Es decir, que lo saben ustedes todo?
PROS.—¡Todo!
ENR.—¿Y Emilia? ¿Supongo que no habrá usted cometido la imprudencia de revelárselo?
PROS.—Mi hija no sabe lo más mínimo todavía.
ENR.—¡Respiro!

Ayuntamiento de Madrid

PROS.—¡Y tuvo usted valor, hombre desnaturalizado!...

ROS.—(A Próspero.) ¡Próspero!

PROS.—Digo (Muy risueño.) ¡joven simpático e imprudente, de cometer tamaña felonía!

ENR.—¡Bah! No hay que dar al asunto proporciones exageradas.

PROS.—¡Cáspita! ¿Te parece poco?

ENR.—¡Fué una locura y nada más!

PROS.—Responde lealmente. ¿Querías mucho a aquella desgraciada?

ENR.—En un principio, no lo niego, pero luego tuve sospechas de que me engañaba y corté por lo sano.

ROS.—¡Qué horror!

PROS.—Después de todo, su procedimiento pudo ser radical, pero demuestra gran rectitud de conciencia.

ROS.—¡Y buena puntería!

ENR.—Por supuesto, ni una palabra a mi mujer concerniente a...

PROS.—Fía en nosotros.

ENR.—Aquello pertenece al sepulcro.

PROS.—¡Ah!

ROS.—(A Próspero.) Vámonos. Estoy aterrada.

PROS.—(Si, vamos a preparar la defensiva.) Hasta luego. Adiós, monono. (Anda deprisa.) (Vanse foro.)

Enrique; luego Emilia

ENR.—¡Maldita contrariedad! Si Emilia llega a enterarse de... Ella es. (Sale Emilia.) Ven acá, ven acá, mujercita mía. Tengo que darte una gran noticia.

EMI.—¿De veras?

ENR.—Ya tengo una causa.

EMI.—¿Es cierto?

ENR.—Y tan cierto.

EMI.—¿Tienes una causa?

ENR.—Una causa soberbia. Al fin voy a subir a estrados.

EMI.—¡Qué felicidad!

ENR.—Es un proceso que hará mucho ruido. Se trata de un crimen célebre.

EMI.—¿Un crimen? ¡Ay! ¡Qué gusto!

ENR.—Un marido que sorprende a su mujer con el amante y la mata sin piedad.

EMI.—¡Cuánto me alegro!

ENR.—Yo defiendiendo al marido. Solo tú sabes la noticia. No la divulgues.

EMI.—Nada temas! Callaré como una tumba.

ENR.—Corriente. Pues ahora (Saca un estuche.) toma, un recuerdo de mi primera causa.

EMI.—¿Eh? (Abre la caja.) ¡Qué pulsera tan bonita!

ENR.—Te la compré en Madrid hace días; pero no he querido dártela hasta este momento solemne.

EMI.—¡Y con mis iniciales!

ENR.—¿Te gusta?

EMI.—Es preciosa. ¡Oh, Enrique mío, cuánto te adoro! Quiera Dios que haya muchos asesinos para que sigas teniendo en qué ocuparte.

ENR.—¡Ja, ja! ¡Bonito ruego! Vaya; voy a escribir varias cartas. ¿Me acompañas hasta mi despacho?

EMI.—Con mucho gusto.

ENR.—Ven, pichona mía. (Vanse segunda derecha.)

Próspero y Rosario segunda izquierda.

PROS.—¿Habrà vuelto Ambrosio?

ROS.—La impaciencia me devora.

Ayuntamiento de Madrid

AMB.—Hay novedades.

PROS.—¡Gracias a Dios! Te esperábamos con impaciencia.

ROS.—¿Sabe usted algo?

PROS.—¿Averiguaste algo?

ROS.—¿Se enteró usted de algo?

AMB.—(Con importancia.) ¡Uf!

PROS.—Cuenta.

ROS.—Cuenta usted.

AMB.—En primer lugar corrí a la calle de Leganitos decidido a hablar con la portera.

PROS.—¿La hablaste?

AMB.—No estaba en la portería.

PROS.—¿Lo ves? Nunca están.

AMB.—Y un muchacho que en ella se hallaba me aseguró que tardaría mucho en volver.

ROS.—¿De modo que usted no la vió?

AMB.—No, señora. La dejé la carta. Pero en cambio, vi otra cosa que me hizo estremecer.

PROS.—¡Demonio!

AMB.—¿A que no saben ustedes lo que vi pendiente de un clavo?

ROS.—Hable usted.

PROS.—¿La cabeza de la portera?

AMB.—¡No, hombre, qué disparate

PROS.—Es verdad.

AMB.—¡Un retrato de Agustina!

PROS.—¿De Agustina Zaragoza? ¡Pum! (Extendiendo el brazo como el que prende fuego a un cañón.)

AMB.—No; de mi mujer. Se conoce que la pérdida habitó la casa y le regaló a la portera su fotografía. Estoy deseando ver a esa portera para pedirla informes. Pero hay más. Prepárense ustedes. Emilia... su hija de ustedes, tiene un amante.

ROS.—¡Jesús!

PROS.—¡Falso! Eso es falso! ¡Mi hija un amante y se casó hace ocho días! Eso no se tiene tan pronto.

AMB.—Calma. Repito que está en relaciones con mi sobrino.

PROS.—¡Aprieta!

AMB.—He visto hace un instante sobre su mesa de despacho una carta dirigida a tu hija.

PROS.—¿Y eso qué prueba? ¿Qué decía la carta?

AMB.—Cualquiera lo supone.

PROS.—¿Quieres dejarme en paz?

ROS.—Mi hija es honrada, caballero.

PROS.—Mi hija es como su madre.

AMB.—Bueno, bueno. Allá ustedes. Yo les aviso y... Abur. (Vase foro.)

Próspero y Rosario.

ROS.—¿Habrà vuelto Enrique?

PROS.—Ve a saberlo. Es preciso observarle siempre y a todas horas.

ROS.—¡Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia! (Vase foro.)

Próspero, luego Rosa.

PROS.—¡Las once y media... y esa portera sin venir!

ROSA.—(Por la derecha.) Señorito...

PROS.—¿Qué quieres?

ROSA.—Una mujer que aguarda ahí fuera me ha entregado esta carta para usted.

PROS.—Dame. ¿Si será de ella? Veamos. (Lee.) «Para don Próspero Martínez.» Justo; para mí.—«Tesorero mío. ¡Qué gloria! Al fin te encuentro. Corro a tus brazos ¡Ay morronguito!»—¡Qué barbaridad! ¿Quién ha traído esto?

ROSA.—Ya lo dije: una mujer que aguarda ahí fuera.

PROS.—Díla que pase. (Vase Rosa.) ¿Quién se atreverá a morrongodearme de este modo?

Próspero y Claudia por el foro con mantón y pañuelo a la cabeza

CLAU.—¿Hay permiso?

PROS.—Adelante. Pase usted sin cuidado.

CLAU.—Sí; ¡él es! ¿Eres tú! Te reconozco. (La abraza.)

PROS.—¡Caracoles!

CLAU.—¡Al fin te encuentro después de veinte años! La Virgen de la Piedad me lo ha concedido, morronguito mío!

PROS.—¡Cielos! ¡Veinte años! Ahora recuerdo... ¿Usted es...?

CLAU.—Tu Claudia... aquella costurera en blanco con la cual te portaste como un negro.

PROS.—(¡Santo Cristo del Perdón! ¡Y qué fea se ha puesto!)

CLAU.—¿Me encuentras cambiada? Es natural. Ya no tengo veintiocho años. Tú también estás algo averiado, ídolo mío. Faltan los colores a tus carrillos y no tienes aquel bigote retorcido ni aquellos pelitos rizados que me volvían loca.

PROS.—¿Te acuerdas?

CLAU.—Y tanto. Parecías un Niño de la Bola. ¡Ingrato! Prometerme hace veinte años tu mano...

PROS.—(¡Y salir de pies!)

CLAU.—Por fortuna triunfó el arrepentimiento y todo, todo te lo perdono, supuesto que estás decidido a llevarme al altar.

PROS.—¿Y casarme contigo? Pero si estoy casado.

CLAU.—¡Qué escucho! Entonces, ¿por qué me has escrito?

PROS.—¿Cuándo?

CLAU.—Ahora. (Sacando una carta.) Aquí tengo tu carta, morronguito. (Leyendo.) «Venga usted en seguida.»

PROS.—¡Ah! ¿Tú eres la portera? ¡Qué coincidencia!

CLAU.—«Venga usted en seguida. Asunto de honor.» El nuestro. Eso está claro. «Buena propina.» ¿Qué propina podías ofrecirme que no fuera la del matrimonio?

PROS.—¡Vaya una manera de traducir disparatada!

CLAU.—Tú me debes una reparación, pimpollo mío.

PROS.—Pero, dime: ¿continúas solterita?

CLAU.—¡Ay! Eso quisiera. Soy viuda dos veces.

PROS.—¡Cómo! ¿Te has casado dos veces y crees que no estás todavía reparada?

CLAU.—Pero tú me juraste amor eterno.

PROS.—(¡Qué descaró!) Silencio. Mi mujer. Ni una palabra

Dichos, Rosario por el foro

ROS.—Todavía no ha vuelto Enrique. ¡Ah! (Viendo a Claudia.)

PROS.—La portera. Aquí la tienes.

ROS.—¿Es posible?

CLAU.—Servidora. (A Próspero.) (Mal gusto has tenido, corazón mío.)

ROS.—¿Eh? ¿Qué dice?

PROS.—Que despachemos porque hace frío.

ROS.—Siéntese usted. Ayuntamiento de Madrid

CLAU.—Con mucho gusto porque estoy reventada. Con permiso. (Se sientan los tres en primer término. La portera en medio.) (Por más que digas yo me conservo mejor.) (A Próspero.)

PROS.—¡Ejem... ejem!

ROS.—Vamos a ver. Cuéntenos usted sin tardanza esa terrible historia.

PROS.—Sin omitir ningún detalle.

CLAU.—¡Ah!... ¿Usted quiere saber...?

ROS.—Todo.

CLAU.—(¡Qué rareza! En fin, puesto que se empeñan...) Pues mire usted: yo tenía veintiocho años y era costurera en blanco. La primera vez que me vió, fué en la red de San Luis...

PROS.—¡Eh... poco a poco!... (¡Pues no va a contarle nuestros amores!) Nosotros hablamos del crimen cometido hace seis años en la casa donde sirve usted de portera.

ROS.—Justo. De aquel marido que mató a su mujer.

CLAU.—¿De Moreno y Rubio?

PROS.—Eso es.

CLAU.—Acabáramos. ¿Y ha sido para esto la?...

PROS.—Cabal. Ni más ni menos.

CLAU.—(¡Ay, qué desengaño!)

ROS.—Hable usted.

CLAU.—Yo misma fui a buscar a los del Orden público, para que prendiesen al asesino.

PROS.—No diga usted asesino, porque fué absuelto.

ROS.—Siga usted, siga usted.

CLAU.—Su desgraciada esposa era joven y bonita... El también era un real mozo.

ROS.—Verdad.

CLAU.—Y ni pizca de orgullo. Siempre me saludaba muy atento y hacía mil caricias a Minina.

PROS.—¿Minina?

CLAU.—Sí, señor. Una gata de Angola que era la envidia de los vecinos. ¡Pobrecita mía! Murió de un atracón de ratones. (Llorando exageradamente.) Nunca la olvidaré.

PROS.—Bueno, bueno. Dejemos a la Minina y volvamos a nuestro asunto.

CLAU.—Decía que su esposa era muy guapa, con perdón de ustedes, y en extremo dádiosa. No desechaba prenda que no me diese. ¡Nunca me consolaré de su desgracia! (Llorando exageradamente.) ¡Pobrecita, no la olvidaré nunca!

PROS.—¿Pero va usted a llorar toda la mañana?

CLAU.—Ustedes me dispensen.

PROS.—Sepamos de una vez cómo murió esa Minina, digo esa señora.

CLAU.—Pus verá usted, como iba diciendo, el mismo día del crimen la regaló el tunante una pulsera de oro con sus letras.

ROS.—¿El mismo día?

PROS.—¿De veras?

CLAU.—Sí, morronguito. Me la enseñó al pasar por la portería

PROS.—(Como vuelva a llamarme morronguito la ahogo.)

CLAU.—A las doce salió el hombre a la calle; volviendo a eso de las dos con un par de pistolas, que también pude ver, porque las llevaba en una^a caja de las usuales. No hizo más que subir y se oyó el estampido de los disparos.

ROS.—¡Qué horror!

CLAU.—Parece según contaron...

LOS DOS.—(Acercando las sillas.) ¿El qué? ¿El qué?

CLAU.—(En voz baja.) Que la cogió con un pasante de escribano el cual se salvó por una ventana. sin que el segundo tiro le alcanzase.

Pros.—A un pasante de escribano no le alcanza nada.

Los dos.—(Acercándose más.) Siga usted, siga usted.

Clau.—Pues nada. Le prendieron; y luego fué «asuelto». Si le hubiera juzgado un tribunal de mujeres, no habría librado el pellejo el grandísimo pillo.

Ros.—¿Y usted le reconocería aun, si le viera?

Clau.—¡Ya lo creo! Como he reconocido a este al primer golpe.

Ros.—¿Eh?

Pros.—Nada, no dice nada. (¡La voy a estrangular!)

Ros.—Usted comprenderá el interés que todo esto tiene para nosotros, cuando sepa usted que ese monstruo acaba de casarse con nuestra hija.

Clau.—¡Jesús María!

Ros.—Nosotros no sabíamos nada.

Pros.—Nada, absolutamente.

Clau.—¡Virgen del Consuelo! Pues tengan ustedes mucho cuidado, porque es un hombre fatal.

Pros.—Es preciso que le vea usted, Ahora está muy ocupado... dentro de un rato...

Clau.—Corriente. Aprovecharé la ocasión para hacer un encargo en casa de una amiga que vive ahí cerca.

Ros.—Pues vaya usted, y vuelva en seguida.

Clau.—Servidora de usted. Hasta otro rato. (A Próspero.) ¡Qué mal gusto has tenido, pichón!... Yo me conservo mejor todavía.) Estimando, A los pies de ustedes. Y que no haiga ningún aquel. Vuelvo, vuelvo en seguida. (Vase por el foro.)

Próspero, Rosario, luego Enrique.

Ros.—Ya lo oyes. Todo era cierto.

Pros.—Y tan cierto.

Ros.—¡Un yerno asesino!

Pros.—¡Chist! Cállate. Aquí viene. (Mirando por la segunda puerta derecha.) Ven. Ocúltémonos. Es preciso observarle. (Se esconden segunda izquierda.)

Enr.—(Por la segunda derecha.) Un exordio severo y conmovedor. Es preciso que lllore el Jurado en cuanto yo empiece a hablar. Referiré a grandes rasgos la vida de mi cliente, su confianza vendida, su amor ultrajado... (Declamando como si hablara a los jueces.) «Yo la amaba...» Creo que empiezo muy alto. (Bajo.) Sí. «Yo la amaba.» Ahora no me oye nadie. (Próspero y doña Rosario aparecen en la segunda izquierda y se detienen.—Alto.) «¡Yo la amaba!»

Pros.—¿Qué dice?

Ros.—¡Dice que él la amaba!

Enr.—«Había puesto en ella mis esperanzas; mis sueños, mi felicidad.»

Pros.—¿Digo, eh?

Enr.—«Sus caprichos eran órdenes; y hubiera dado mi vida por complacerla.»

Pros.—¡Pobre hombre!

Enr.—«¿Cómo ha recompensado ella mi amor? ¡Engañándome traidora-mente!»

Pros.—¡Zapateta! ¡Era cierto!

Enr.—«¡Sus promesas fueron falsas, falsos sus juramentos! ¡Falso su amor!»

Pros.—¿Todo bisutería?

Enr.—«Aquella pasión se trueca en odio. Una voz me grita; ¡Véngate! Véngate sin piedad. Tú me has deshonrado; tú y tu amante os burlábais de mí, desgraciado esposo, crédulo y ciego! Pues bien; ahora tu marido es tu juez. ¡Ahora... te mato!» (Próspero y Rosario se han acercado poco a poco y caen de rodillas cada uno a un lado de Enrique.)

Pros.—¡No la mates!

Ros.—¡Perdónala!

Ayuntamiento de Madrid

ENR.—¡Calla! ¿Escuchaban ustedes?

PROS.—Sí. ¡Estábamos horrorizados!

ENR.—¿De veras? ¿He producido efecto en ustedes?

PROS.—¡Naturalmente! ¡Gracia para ella!

ENR.—(Declamando.) «¡Imposible! No puede haberla. ¡Me ha engañado! ¡Morirá!»

ROS.—¡Sé bueno y generoso!

PROS.—Reflexiona que es joven. Cierto que se ha portado mal, pero fué una ligereza. Un capricho. Ella te ama. ¡Estoy seguro que te ama!

ENR.—¿Eh? ¿Qué dice usted?

ROS.—¡Reflexiona que sólo tenemos esa hija!

PROS.—¡Y que si nos la matas ya no tendremos otra!

ENR.—¿Pero hablan ustedes de Emilia? ¿Qué significa?...

ROS.—Ya sabemos que ha sido culpable.

ENR.—¿Culpable?

PROS.—Un momento de extravío. Lo sabemos.

ENR.—¡Gran Dios! ¡Emilia! (¡Me engañaba!) (Gritando.) ¡Emilia! ¡Emilia! (Trata de desasirse de Próspero y Rosario que le tienen agarrado por los brazos; en la lucha deja la americana en sus manos; ellos caen de espaldas y él vase precipitadamente primera izquierda.)

PROS.—¿Dónde vas?

ROS.—¡Aguarda!

ENR.—Déjenme ustedes. ¡Emilia! (Vase primera izquierda.)

PROS.—¡Por Dios! (Toda esta escena, desde el momento en que Próspero y Rosario se arrojan a los pies de Enrique, se llevará con toda la precipitación posible.—Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

Próspero, Ambrosio, Rosario.

AMB.—¿Y dicen ustedes que quería matarla?

PROS.—Lo hemos oído aquí mismo.

ROS.—De sus propios labios.

AMB.—¿Lo ven ustedes? Cuando yo les aseguraba que entre Emilia y Federico...

PROS.—Calla.

ROS.—Calle usted. ¡Qué horror!

Dichos; Emilia, segunda derecha.

EMI.—¡Hola! ¿Son ustedes? Buenos días, don Ambrosio.

AMB.—Felices, Emilita.

ROS.—¡Hija mía de mi alma! (Abrazando a Emilia exageradamente.)

EMI.—¡Mamá, que me estrujas!... ¿No habéis visto a Enrique?

PROS.—No. Tu marido no ha vuelto todavía.

EMI.—A propósito de mi marido...

Ayuntamiento de Madrid

Pros.—¿Qué pasa? (Asustado.)
 Ros.—¿Qué ocurre? (Idem.)
 Emi.—¡Ay! ¡qué caras ponen ustedes! Mi marido acaba de hacerme un precioso regalo.
 Pros.—¿Sí?
 Ros.—¿Un regalo?
 Emi.—Mírenlo ustedes. (Extiende el brazo para enseñar la pulsera que lleva puesta.)
 Pros.—¡Una pulsera de oro! (Con espanto.)
 Ros.—¡Y con sus iniciales! (Cae aterrada en el sofá.)
 Emi.—¿Eh? ¿Qué tienen ustedes?
 Pros.—¡Nada! No hagas caso.
 Emi.—Parece que deploran ustedes esta muestra de cariño.
 Pros.—¡No!
 Ros.—De ningún modo!
 Pros.—(Abrazándola.) ¡Hija de mi alma!
 Emi.—¿Tú también?
 Ros.—¡Hija de mi corazón! (Idem.)
 Emi.—Pues vaya una manía!
 Pros.—No temas nada; nosotros estamos aquí, tu padre y tu madre.
 Emi.—Ya lo veo. Y don Ambrosio.
 Pros.—No, éste está siempre en las Batuecas. Ve a descansar un poco. (La coge de la mano y la conduce a la izquierda.)
 Emi.—Si no estoy cansada.
 Pros.—Ve, hija mía. (Bajo.) Y confíate a mi solo. Háblame con franqueza. Yo te juro que no he de reñirte; pero sé franca.
 Emi.—¿Que sea franca? ¿Sobre qué?
 Pros.—Sobre... en fin... ¿Amas a tu marido?
 Emi.—¡Vaya una pregunta!
 Pros.—¿Le amas a él solo?
 Emi.—¡Papá!
 Pros.—Anda, hija mía. ¡Todo lo comprendo!
 Emi.—Pero...
 Pros.—(Abrazándola.) ¡Pobre hija mía de mi corazón!
 Emi.—¡Ja, ja, ja! ¡Tiene gracia! (Vase primera izquierda.)

Dichos menos Emilia, Rosa después.

Ros.—¿Qué le has dicho?
 Pros.—Hija de mi corazón.
 Ros.—¡Ay, Próspero! ¡Ese hombre nos la mata!
 Pros.—Vamos, no exageres las cosas.
 Amb.—¡Quién sabe, eso de regalarle una pulsera! (Con satisfacción.)
 Pros.—¿Y qué?
 Amb.—Coincidencia funesta.
 Ros.—¡Y tan funesta!
 Rosa.—(Saliendo con una caja.) Esto acaban de traer para el señorito Enrique.
 Pros.—Bueno. Déjalo ahí.
 Rosa.—Me han dicho que lo entregue en propia mano y que va lo esperaba él.
 Ros.—¿Qué esperaba él?
 Rosa.—Este paquete.
 Pros.—Bueno. Déjalo ahí, te he dicho. (Gritando.)
 Rosa.—Corriente. (Lo coloca en la mesa y vase foro.)
 Pros.—¿Qué será?
 Ros.—¿Qué habrá encerrado aquí dentro?
 Pros.—Viene envuelto con gran cuidado.
 Amb.—Abranlo ustedes, con mil demonios.
 Pros.—¿Lo abrirías tú en mi caso?

AMB.—¡Toma, toma!
 ROS.—¿Y tú?
 ROS.—¡Anda, anda!
 ROS.—¡Toma y anda! Ante razones de ese calibre no vacilo. (Lo desenvuelve y se ve con una caja de madera.) Una caja de madera. (Al levantar la tapa cae ésta sobre un timbre de resorte que habrá sobre la mesa, haciéndole sonar.) ¡¡Dos pistolas!!
 ROSA.—(Foro.) ¿Quién llama?
 CRIADO.—(Primera derecha.) ¿Llaman ustedes?
 ROS.—¡Ay! (Gritando.)
 ROS.—Nada, nada, no queremos nada. ¡Calla, calla por Dios!
 AMB.—¿Qué tal, eh?
 ROS.—¡Nos la mata! Ciertó son los tiros!
 ROS.—Ese hombre lo sabe todo.
 ROS.—Corriente; pues que se atreva a tocar un solo cabello de mi hija. (Con acento dramático.)
 ROS.—¡Próspero!
 ROS.—¡Estoy decidido! (Idem.)
 ROS.—¡Vas a desafiarme! ¡Te conozco!
 ROS.—No. Ahora no me conoces. Lo que voy es a impedir la catástrofe. Emilia dormirá conmigo, contigo esta noche, yo cerca de mi yerno. Tú en tu casa. (A Ambrosio.) Voy a esconder las pistolas. (Cogiendo la caja.)
 ROS.—¡No! Podría sospechar. Las llevaremos a su cuarto. (Arrebatándole la caja.)
 ROS.—Es verdad. (Volviéndole a coger la caja.) Ven conmigo. ¡Ah! Espera... (Le entrega la caja. Después de echar una mirada por la escena, coge las tenazas de la chimenea, el fuelle, la paleta y la escobilla.)
 ROS.—¿Qué haces?
 ROS.—Llevarme todas las armas. Con esto se trincha a cualquiera. (Blandiendo las tenazas.)
 ROS.—¡Qué boda! ¡Dios mío, qué boda!
 AMB.—Ustedes lo quisieron.
 ROS.—¡No me exasperes! (Amenazándole con las tenazas.) Anda, Rosario. ¡Que se atreva a tocar a mi hija! ¡Que se atreva! (Vanse segunda izquierda dramáticamente, blandiendo las tenazas.)

Ambrosio. Luego Federico

AMB.—Ellos pagarán su pecado.
 FED.—(Foro derecha.) ¡Calla! ¿Usted aquí?
 AMB.—¡Es usted un calavera!
 FED.—¿Yo? (¡Demonio!)
 AMB.—¡Negarás que ocultas en tu pecho una pasión criminal!
 FED.—¿Yo? (¡Cáspita! ¡Sabe lo de Elena!)
 AMB.—Pues anda con cuidado, porque según sospecho, el marido está ya al cabo de la calle.
 FED.—¿Que lo sabe el marido?
 AMB.—Por las señas, estoy seguro.
 FED.—¿Pero, quién se lo ha dicho?
 AMB.—Esas cosas nadie las dice. Eso se huele.
 FED.—¿Y usted cree que él ha olido...?
 AMB.—No tengo duda.
 FED.—¡Caracoles! ¡Crea usted, tío, que entre nosotros no ha mediado nada de transcendencia! Precisamente venía a esta casa con objeto de...
 AMB.—Ya lo sé. Con objeto de entregar a Emilia cierta carta...
 FED.—Cabal. Pero, tío, ¿usted también huele las cosas?
 AMB.—También.
 FED.—¡Qué narices hay tan privilegiadas! Madrid

AMB.—Desiste de tu empeño. Mira que ese hombre está decidido a matar a cualquiera.

FED.—¡Gran Dios!

AMB.—Mucho ojo. (Vase foro derecha.)

Federico; luego Emilia

FED.—¡Quién lo había de calcular! ¡Adolfo enterado de mi pasión! ¿Si se lo habrá dicho Elena? Tendría gracia que su misma mujer le proporcionase la ocasión de darme una paliza. ¡Qué bien hice en romper hace un instante la apasionada carta que anoche me ocurrió escribirla!... Nada, nada. Devuelvo la suya a Emilia, como le prometí y desisto de semejante capricho.

EMI.—Federico.

FED.—Señora... ¡Cuánto me alegro de ver a usted!

EMI.—¿Sí? (Comprendo.)

FED.—¿Habló usted con Elena?

EMI.—Sí, señor; y tengo que reñirle a usted.

FED.—¿A mí?

EMI.—¡Hacer el amor a una mujer casada! ¿Cuándo se ha visto eso?

FED.—Todos los días.

EMI.—Calle usted. Su conducta es indigna. Atentar de esa manera [contra el honor de don Adolfo siendo usted su ayudante.

FED.—Pues por eso. (Con intención.)

EMI.—¡Silencio! ¡Deme usted esa carta, y desista en absoluto de sus proyectos.

FED.—Señora, estoy decidido. Crea usted que abrigaba en mi pecho un amor vehemente, pero he sabido cosas que me han enfriado mucho.

EMI.—¡Si don Adolfo llegase a sospechar!...

FED.—Eso, eso es lo que me enfrió.

EMI.—Por fortuna, no sabe absolutamente nada.

FED.—Cómo... ¿no sabe nada?

EMI.—Estoy segura.

FED.—¡Anda salero! Entonces mi tío me ha engañado!

EMI.—Vamos, venga la carta.

FED.—Allá va: estoy decidido. Aunque nada sepa, lo mejor es quitarse de compromisos. (Salen Próspero y Rosario silenciosamente. Federico saca la carta.)

Dichos; Próspero y Rosario

PROS.—¡Dios mío, Federico y Emilia juntos!

ROS.—¡Cállate!

FED.—Aquí la tiene usted. Con ella va mi alma entera.

EMI.—(Tomando la carta.) Deme usted corriendo.

PROS.—(Adelantándose.) ¡Alto ahí!

EMI.—¿Eh?

FED.—Don Próspero.

PROS.—Venga esa carta.

EMI.—¿Esta carta? Dispensa papá...

PROS.—¡Pronto, lo exijo!

FED.—(A Emilia.) ¡(No, por Dios!)

EMI.—Repito que dispenses. Esta carta no puede verla nadie más que yo.

PROS.—¡Emilia!

ROS.—¡Hija mía!

EMI.—Todo es inútil. Pídeme lo que quieras, pero esta carta nunca. (Vase por la izquierda.)

FED.—(Pues vaya una curiosidad ridícula.)

PROS.—Corriente. (A Federico.) ¡Ah, grandísimo pillo!

FED.—¿Eh?

ROS.—¡Próspero, mucha calma!

PROS.—¿Conque viene usted a promover un cisma en las familias?

FED.—¿Qué es eso de cisma?

PROS.—No se canse usted en negar porque lo sé todo.

FED.—(¿Este también?)

ROS.—Sí, señor; lo sabemos todo.

FED.—¿También usted lo sabe? Bueno, ¿y qué?

PROS.—¿Cómo y qué?

FED.—A ustedes maldito lo que les importa.

PROS.—Habrás visto mayor cinismo.

ROS.—¿Conque no nos importa?

FED.—No, señor. Ese es asunto mío y sólo mío.

PROS.—¡Pero qué desvergonzado es este mequetrefe!

ROS.—Márchese usted a la calle. Si no me voy le arañó. (Vase.)

PROS.—A la calle en seguida. Si no me voy le perniquebro. (Vase.)

FED.—Pero, señor, ¿qué les importarán mis asuntos? Bueno. A la calle. (Tropezó al salir con Claudia.)

CLAU.—¡Bárbaro!

FED.—Usted dispense.

Claudia.

Ea; ya estoy de vuelta. No hay nadie. ¡Adiós mis esperanzas! ¡Yo que al fin me veía en la iglesia con mi tercer marido! ¡Ingrato Próspero! ¡Preferir esa tarasca! ¡Por dónde va eso a compararse conmigo? (Acercándose al espejo que está sobre la chimenea y mirándose.) ¿Dónde tiene ella estos colores y este talle tan sandunguero? (Se fija en la fotografía de Enrique, que se halla colocada sobre la chimenea con otras varias.) ¡Calle! Yo conozco este retrato. (Lo coge y lo examina.) ¡Pues ya lo creo! ¡Si es don Jeremías! El que frecuentaba a doña Agustina, la del cuarto segundo de mi casa. ¡Caballito! ¡El mismo! Será pariente o amigo de Próspero. La dejó hace seis meses. Ella se marchó no sé a dónde y desde entonces no los he vuelto a ver. ¡Valiente pájara! Cuando don Jeremías subía, don Filemón bajaba. También era muy completo este hombre. Yo, como portera, asentía a todo y cerraba el pico. ¿Cómo había de desengañarlos? ¡Jesús María! Allá ellos. Y se lo dije mil veces a doña Agustina: ya puede usted recibir en su casa a dos docenas; yo soy portera decente; es decir, ciega y sorda.

Dicha y Emilia.

EMI.—¡Enrique! ¡Enrique! ¡Ah! (Viendo a Claudia.)

CLAU.—¡Muy buenos días, señorita! Servidora de usted.

EMI.—¿Usted es?...

CLAU.—Claudia, la portera.

EMI.—¡Ah! (¿Qué portera será ésta?)

CLAU.—Y usted, como si lo viera. Usted es la hija de Próspero... ¿De don Próspero?

EMI.—En efecto.

CLAU.—¿Es usted? Dios la bendiga. No se parece usted a su padre. Lo que es a usted da gusto verla. Por manera que es usted la que se ha casado con... ¡Jesús María!

EMI.—¿Eh?

CLAU.—Me da usted lástima, no me lo puedo negar.

EMI.—¿Lástima? ¿Por qué?

CLAU.—Porque conozco mucho a su esposo, lo cual que para eso me avisó su padre de usted, aunque yo creí que era para otra cosa. Pero en fin, paciencia.

EMI.—(No entiendo una palabra.)

CLAU.—Ande usted con ojo. No es esto hablar mal, ¿sabe usted? Pero no se fie usted. Y cuidado con irritarle, ni moverle bronca, porque es hombre resuelto.

EMI.—¿Qué quiere usted decir?

CLAU.—Con permiso de usted, voy a colocar en su sitio este retrato. Hace poco le cogí para verle mejor. Está tan parecido!

EMI.—(El retrato de mi esposo.)

CLAU.—¡Pobre hombre! (Dejando el retrato en donde estaba.) Ja, ja, ja...

EMI.—¿Por qué se ríe usted?

CLAU.—Nada. Me río al recordar... (Contemplando el retrato.) parece que va a abrir la boca para preguntarme por Agustina.

EMI.—¡Eh! ¿Cómo Agustina?

CLAU.—¡Pues! ¡Su apanito!

EMI.—¿Qué oigo?

CLAU.—¡Pues!... Este hombre la adoraba. Y ella... ¡Grandísima bribona! ¡Ni esto! ¡En fin! Este subía y Filemón bajaba, ja, ja, ja.

EMI.—(Aparte.) ¡Gran Dios! ¿Con que el pérfido tiene una querida?

CLAU.—Yo no sé si la cosa continuará, porque desde hace seis meses ella mudó de domicilio, y ni Filemón ni el otro han vuelto por allí.

EMI.—(Ahora comprendo la intranquilidad de mis padres. Por eso me abrazaban tanto.)

CLAU.—¿Por qué llora usted?

EMI.—(Y sin duda han llamado a esta mujer para pedirle nuevos informes. Qué desgraciada soy!)

CLAU.—¡Señorita!

EMI.—Calle usted. No quiero saber nada. No quiero oír nada. ¡Dios mío, Dios mío! (Vase llorando primera derecha.)

Claudia, luego Ambrosio por el foro

CLAU.—¿Pero qué le habrá dado a esta señorita?

AMB.—¡Hay novedades!

CLAU.—¿Eh?

AMB.—¿No anda Próspero por aquí?

CLAU.—No; le estoy esperando.

AMB.—¿Quién es usted?

CLAU.—¿Yo? La portera de la calle de Leganitos.

AMB.—¡Cuánto me alegro! Ahora que estamos solos podemos hablar

CLAU.—Y aunque no lo estuviéramos.

AMB.—Ante todo, tome usted. (Le da una moneda.)

CLAU.—¿Qué me da usted aquí?

AMB.—Un duro. Guárdelo usted.

CLAU.—(Va a guardarlo y vacila.) ¿Me lo da usted con buen fin?

AMB.—Naturalmente, señora.

CLAU.—¡No! lo digo porque a veces... (Guardándole y riéndose con malicia) Pero usted no tiene cara de eso.

AMB.—Vamos a ver. ¿Ha vivido en su casa de usted una joven de la cual conserva usted el retrato en la portería?

CLAU.—¿La señorita Agustina?

AMB.—Cabal.

CLAU.—¿Cuándo vió usted ese retrato?

AMB.—Hace una hora. ¿No se lo dijo a usted un chico a quien dejé el recado?

CLAU.—¡Ah! ¿Era usted el viejo tan feo que estuvo a buscarme?

AMB.—¿Cómo feo?

CLAU.—Verá usted. Cosas de chicos. ¿Sabe usted? Ellos ven visiones y lo dicen.

AMB.—¡Hombre, qué gracia!

CLAU.—¿Conque era usted? Vaya, vaya, siéntese usted.

AMB.—Gracias. Conteste usted.

CLAU.—Pues, sí, señor. Me dió el retrato el mismo día que dejó la casa. Porque me apreciaba mucho, y me consideraba, y yo la dije: Señorita, en esa pared estará usted siempre. Y así le pegué con cuatro tachuelas como habrá usted visto. ¿Pero usted también la conoce?

AMB.—¡Sí, la conozco! ¡Por mi desgracia!

CLAU.—¿También usted? ¡Anda salero! Pues yo no recuerdo haberle a usted visto nunca por allí.

AMB.—¿Por donde?

CLAU.—Por la calle de Leganitos.

AMB.—Yo ignoraba que Agustina viviese por esa calle.

CLAU.—¡Ah! ¿Fué usted anterior?

AMB.—Y tan anterior.

CLAU.—Tal vez conociese usted a su marido.

AMB.—¿A su marido? (Ya lo creo que lo conozco.)

CLAU.—El pobre hombre murió hace tiempo.

AMB.—¿Que murió su marido? ¿Qué me cuenta usted?

CLAU.—Ella misma me lo dijo. Sí, señor, de un cólico cerrado.

AMB.—¡Qué atrocidad!

CLAU.—Y por eso quedó viuda.

AMB.—(¡Infame!) Bien, bien. ¿Y no ha vuelto usted a saber nada relativo a esa señora?

CLAU.—Ni pizca.

AMB.—¿Ignora usted su nuevo domicilio?

CLAU.—Lo ignoro. Hace seis meses se marchó, y hasta hoy. A quien acabo de ver aquí es a uno de sus contertulios; lo cual que no me lo esperaba.

AMB.—¿Aquí? ¿Dónde?

CLAU.—Sobre esa chimenea.

AMB.—¿Eh?

CLAU.—¡Debe ser amigo de don Próspero! (Le da la fotografía.)

AMB.—¿Este? ¡(Cielos! ¡Enrique!) Y dice usted que este caballero fué contertulio de...

CLAU.—¡Uf! ¡Pues ya lo creo! El subía y el otro... ¡ja, ja, ja!

AMB.—¡(Truenos y rayos! ¡Conque no sólo se casa con la que mi sobrino amaba, sino que era contertulio de mi mujer! Le voy a dividir.) Silencio y discreción!

CLAU.—(Alargando la mano.) Soy portera y basta.

AMB.—Ni una palabra a nadie...

CLAU.—Repito que soy portera.

AMB.—Adiós. (Le da la mano y se marcha foro.)

CLAU.—Este hombre no ha tratado con porteras nunca.

Dicha, Próspero y Rosario por la segunda izquierda

Pros.—¿Pero estás segura que le has visto salir? ¡Hola, portera!

Ros.—Sí; estoy segura.

Pros.—Entonces (A Claudia.) tendrá usted que aguardar un rato. Es preciso que usted le vea.

CLAU.—¿Tendré tiempo de almorzar?

Pros.—Sí; vaya usted a la cocina y que le saquen cualquier cosa.

CLAU.—¡Quíá! Prefiero la taberna de enfrente. Conozco mucho al tabernero.

Tiene unos menudillos que dan la hora!

Ros.—Bueno. Haga usted lo que quiera.

Pros.—Pero no se marche usted a Madrid.

CLAU.—No hay cuidado, pichón. Volveré en seguida. (Vase.)

Ros.—¡Te llama pichón!

Ayuntamiento de Madrid

PROS.—Sí. ¿Has visto? Estas porteras usan unos términos... ¡(La voy a perni-quebrar!)

Dichos y Emilia por la segunda derecha

EMI.—¡Papá de mi alma! (Llorando.)

PROS.—¿Qué ocurre?

ROS.—¿Por qué lloras?

EMI.—¡Mi marido me engaña!

PROS.—¿Eh?

EMI.—¡Sí, papá! ¡Tiene una querida!

ROS.—¡Jesús!

PROS.—¡Pues esto nos faltaba!

EMI.—¡Qué desgraciada soy!

PROS.—Ya es necesario que lo sepa todo.

ROS.—Creo que lo mejor es decir la verdad

PROS.—¡Hija mía!...

EMI.—Habla, papá.

PROS.—¡Lo que voy a decirte, es horrible!

ROS.—¡Terrible!

PROS.—¡Increíble!

EMI.—¡Dios mío!

PROS.—¡Tu esposo!... Se me hace un nudo en la garganta...

ROS.—Y a mí otro.

PROS.—Traga, como yo, saliva.

EMI.—En fin...

PROS.—¡Tu esposo es un asesino!

EMI.—¿Un asesino?

PROS.—Sí.

ROS.—¡Moreno y Rubio! ¡El que mató a su primera mujer en la calle de Leganitos!

EMI.—¡Ay, qué miedo tan grande!

PROS.—Para miedo el que estamos pasando nosotros.

EMI.—No puedo creerlo.

PROS.—¿Que no pasamos miedo? ¡Sí, hija; muchísimo!

EMI.—¿Y me han casado ustedes con un asesino?

PROS.—No, Emilia; yo no sabía nada.

ROS.—Ni yo tampoco.

PROS.—El infame fué absuelto por los tribunales...

ROS.—Porque su infeliz esposa le engañaba...

PROS.—¡Como si eso no fuera moneda corriente!...

ROS.—¡Próspero!

PROS.—Hay excepciones, mujer.

ROS.—Ya lo sabes, Emilia. Ese hombre te vigila...

PROS.—Y algo debe haber vislumbrado cuando, a juzgar por las señales, te quiere suprimir también.

EMI.—¿A mí?

PROS.—No te asustes. Vive prevenida.

EMI.—¿Creerán ustedes que Enrique sería capaz de matarme?

PROS.—Yo no sé, pero hace media hora gritaba en esta misma sala:—¡Sí!... ¡La mataré!...

EMI.—¡Virgen santísima! Pero ¿por qué quiere matarme?

PROS.—Se conoce que de vez en cuando tiene necesidad de matar alguno... Pero no temas; tu padre te salvará.

ROS.—Y tu madre también.

PROS.—¡Y tu madre, sí, señor! De algo te han de servir tu madre y tu padre. Por lo pronto, colócate en la puerta de centinela para verle entrar

Ros.—En seguida. (Vase por el foro.)

Pros.—Tú enciértrate en tu cuarto. Yo voy a cargar la escopeta, y no la suelto ni en la cama... ¡No por miedo!... ¡Yo soy valiente!... ¡Sino por precaución!... ¡Para algo tienes padre y madre!... Tu padre aquí y tu madre de centinela. (Vase segunda izquierda.)

Emilia, luego Enrique, por el foro.

Emi.—¿Si estaremos locos? Yo no puedo creer que Enrique haya matado a nadie. Y mucho menos que pretenda matarme a mí.

Enr.—¡Emilia! (¡Al fin la encuentro!) ¡Gracias a Dios!

Emi.—(Da un grito y retrocede.) ¡Ah!...

Enr.—¿Qué es eso? ¿Qué te pasa?

Emi.—¡No te acerques! ¡No te acerques!

Enr.—¿Por qué?

Emi.—Porque ya te conozco. Porque ya me han dicho quién eres.

Enr.—¿Acaso lo ignorabas?

Emi.—Sí. Lo ignoraba. ¡No te acerques!

Enr.—Ante todo, respóndeme francamente. ¿Me quieres a mí solo, o amas a otro?

Emi.—¿Yo amar a otro?

Enr.—Perdona mi sospecha, pero... me lo han dicho tus padres.

Emi.—¡Esto es demasiado! ¿Y eres tú el que me acusa, cuando precisamente ocultas en tu corazón un amor criminal?

Enr.—¡Qué desvarío!

Emi.—Lo sé todo. No lo niegues, porque sería inútil. Desde ahora, entre usted y yo no existe el menor lazo.

Enr.—¡Emilia!... (Se acerca a ella y la coge.)

Enrique, luego Próspero

Pros.—¡Alto!... (Sale por la segunda izquierda.)

Emi.—¡Ay!... (Vase corriendo primera izquierda.)

Enr.—¡Calle!

Pros.—¡Ya conocemos aquí tus mañas!

Enr.—¡Don Próspero!... (Arrimándose a don Próspero.)

Pros.—Tú dirías, el padre es un infeliz. ¿A que me considerabas como un infeliz?

Enr.—¡No... como un chiflado!

Pros.—Digo, ¿eh? ¡Pues bien, caballero: la hora de la justicia acaba de sonar!

Enr.—¡Me alegro!

Pros.—¡Ojo por ojo y diente por ojo!

Enr.—¡Truenos y rayos!

Pros.—Ya me voy. No te acerques. Repito que a nadie temo. (Movimiento de Enrique.) ¡No! Ya me voy. (Vase segunda izquierda.)

Enrique, luego Claudia.

Enr.—¡Ja, ja, ja! Deben representar alguna comedia. ¡Y yo que lo empezaba a tomar en serio!

Claudio.—¡Jesús, María y José! ¿Quién había de figurarse!o?

Enr.—¿Quién es? ¡Calla!

Claudio.—¿Qué veo?

Enr.—¡La portera!

Claudio.—¡Don Jeremías!

Enr.—¡Silencio! ¡No me llame usted así!

Ayuntamiento de Madrid

CLAU.—Qué casualidades tan casuales y tan... ¿A que no adivina usted quién acaba de apearse de un coche? ¡Y ahora que caigo! Ella sabrá que está usted aquí. ¡No hay duda!

ENR.—¿Ella?

CLAU.—¡Pues! La misma. Figúrese usted que iba a empezar a comerme mis menudillos, don Jeremías.

ENR.—¡Chist!

CLAU.—¡Ah! Bueno. Cuando de pronto la veo bajar. ¡Sí! ¡No me engaño! ¡La señorita Agustina!

ENR.—¿Agustina? ¡Demonio!

CLAU.—Señorita. ¡Eh! Soy yo: la Claudia. Y nos abalanzamos a darnos besos.

ENR.—Bueno, ¿y qué?

CLAU.—Pues nada. Me dijo que venía a almorzar con una amiga y hasta me señaló la casa, porque eso sí, ella es muy franca y siempre me lo ha contado todo. ¡Pero qué casualidad! ¡Hallarla a ella, y enseguida encontrármelo a usted.

ENR.—¡Silencio!

CLAU.—Entiendo. Se trae usted por aquí algún asuntillo, ¿eh? Ya sabe usted que soy de fiar.

ENR.—Corriente. Pero, ¿qué hace usted aquí?

CLAU.—No lo sé. Es decir: verá usted. A mí me llamó el dueño de esta casa.

ENR.—¿Conoce usted a don Próspero?

CLAU.—¡Ya lo creo! ¡Y muy a fondo! ¡Si le conozco! Hace lo menos veinte años! Yo era entonces una flor.

ENR.—¿Y dice usted que la han mandado llamar? ¡Ahora comprendo! (Deseaban saber por la misma portera todo lo concerniente a mis relaciones con Agustina.)

CLAU.—¿Lo comprende usted?

ENR.—Naturalmente. (Por eso llora Emilia y mis suegros me tratan de estómago.) ¿Supongo que no habrá usted dicho una sola palabra?

CLAU.—¿Sobre qué?

ENR.—Sobre lo de marras.

CLAU.—¿Decir yo? ¡Calle usted por Dios! Ni lo más inútil... Ya sabe usted que soy muy reservada.

ENR.—¡Magnífico! Tome usted. (Le da una moneda.)

CLAU.—Estimando, don Jeremías.

ENR.—No me llame usted Jeremías.

CLAU.—¡Es verdad. Se me ha escapado!

Dichos y Adolfo, foro

ADO.—Al fin puedo almorzar contigo.

PROS.—¿Qué veo?

ADO.—¡Caracoles!

CLAU.—¡Don Filemón!

ADO.—¡La portera de Agustina!

CLAU.—Hoy es día de los encuentros, don Filemón.

ADO.—No me llame usted Filemón.

CLAU.—¿A usted tampoco? ¡Qué manía!

ENR.—Lo mejor que puede usted hacer es marcharse.

CLAU.—No tardaré mucho.

ENR.—Figúrate que acaba de hablar con Agustina.

ADO.—¿Dónde?

ENR.—Aquí, en el barrio. La vió bajar de un coche hace un instante.

ADO.—¡Canario! Esa mujer puede comprometerme.

ENR.—Como a mí!

CLAU.—¿Qué oigo? ¿Estaban ustedes al cabo de la calle?
ADO.—Y tan al cabo. Eramos rivales sin sospechar en aquel tiempo lo más mímico.

ENR.—Cuánto debió usted reirse de nosotros.

CLAU.—Mucho. Yo soy franca. Sobre todo cuando usted bajaba y usted subía. ¡Ja, ja, ja!

ADO.—Y sin decir nada. Sin avisarnos.

CLAU.—¿Para qué? Eran ustedes tan felices. ¿Quién se hubiera atrevido a desengañarles?

ENR.—¡Bonita filosofía!

CLAU.—Vaya, vaya. Puesto que se hallan ustedes de acuerdo y toman el asunto alegremente, voy a proporcionar a ustedes una grata sorpresa.

ENR.—¿Una sorpresa?

CLAU.—Sí. Ya verá usted. Vuelvo en seguida. (Corro a por Agustina y la traigo aquí. ¡Qué contentos se van a poner!) (Vase foro.)

Adolfo y Enrique

ENR.—Al fin pude adivinar el misterio.

ADO.—¿El misterio?

ENR.—Cabal. La extraña conducta de mi mujer y de mis suegros. Figúrate que descubrieron, no sé cómo, mis antiguas relaciones. Yo mismo le dije a don Próspero que aquello pasó para no volver más. ¡Pues nada chico! Han hecho venir a la portera con ánimo de sonsacarla y proporcionarme un disgusto.

ADO.—¡Qué atrocidad!

ENR.—¡El uno me insulta, la otra llora, el otro quiere matarme!...

ADO.—¡Ja, ja, ja!...

ENR.—¡Y todo, por ese pecadillo de viudo!

ADO.—Lo mejor es no hacer caso. Ahora no pensemos en ello. Vamos al jardín. A propósito: ¿Te mandaron las pistolas? Supongo que sí, porque lo encargué mucho.

ENR.—Nadie me ha dado nada. Quizás estén en mi cuarto. Vamos a verlo. Por ahí podemos también bajar al jardín.

ADO.—Quería ejercitar hoy el brazo, durante media hora.

ENR.—Bueno. Vamos allá.

ADO.—Te advierto que de seis tiros, no yerro ninguno.

ENR.—Ahora lo veremos.

ADO.—Siempre doy en el blanco. (Vanse segunda izquierda.)

Dña Rosario, segunda izquierda

Ros.—Nadie. ¿Dónde estarán? Mi marido no cesa de vigilar a Enrique, siempre con la escopeta a la cara. Yo tiemblo como la hoja en el árbol. Hace poco creí que me iba a desmayar. Como que a cada instante me parece que voy a oír el ruido de una detonación. ¡Ah! (Se oye un tiro. Cae desmayada en una butaca.)

Dicha, Claudia y don Próspero

Pros.—(Saliendo primera izquierda precipitadamente con una escopeta.) ¿Qué es eso? ¿Dónde está? ¡Cielos! ¡Mi hija muerta! (Se acerca.) ¡No, es mi mujer! ¡Gracias, Dios mío! ¡Rosario! ¡Vuelve en tí! ¡Dime si estás muerta!

CLAU.—(Saliendo por el foro.) ¿Has oído ese tiro? ¡Yo acababa de entrar y he subido corriendo!

Pros.—¡Déjeme usted en paz!

Ros.—(Volviendo en sí.) ¡Próspero! ¡Próspero!

Pros.—Aquí estoy. ¡Valor!

Ayuntamiento de Madrid

Ros.—(Levantándose.) ¡Próspero de mi alma! (Sueñan dos tiros.) ¡Ah! (Vuelve a caer desmayada en los brazos de Próspero.)

CLAU.—¡Oh! (Cae con una convulsión al otro extremo del teatro.)

PROS.—¡Miserable! ¡La está asesinando sin piedad!

Dichos, Federico, foro

FED.—¡Buenos días tengan ustedes!

PROS.—¡Federico! ¡Venga usted! ¡Venga usted corriendo!

FED.—¿Qué pasa?

PROS.—Tome usted. (Poniendo a su mujer en los brazos de Federico.) ¡Voy en busca de mi yerno! (Vase foro.)

FED.—¡Eh! ¡Demonio! ¡Doña Rosario! ¡Señora! ¡Que pesa usted doscientos kilos!

CLAU.—(Suspirando roncamente.) ¡Ay!

FED.—(Fijándose en Claudia.) ¡Canario! ¡Otra desmayada! ¿Pero qué pasa aquí?

Dichos, Emilia.

EMI.—¡Ah! ¡Mi madre! ¡Mamá! ¡Mamá! ¿Qué tiene?

FED.—No se asuste usted. Debe ser el tifus. (La coloca en la butaca.) Déla usted golpes en la mano.

EMI.—(Haciéndolo.) ¡Mamá de mi alma!

FED.—(Dando golpes en la mano de Claudia.) ¡Señora! ¡Vuelva usted en sí, señora!

EMI.—¡La portera también! ¿Pero qué ha ocurrido?

FED.—Eso pregunto yo.

EMI.—¿Ha oído usted las detonaciones?

FED.—No, señora. Yo acababa de entrar hace un instante. Y don Próspero depositó en mis brazos a doña Rosario, echando a correr como un loco

EMI.—¡Dios mío! ¡Vaya usted!

FED.—¿Dónde?

EMI.—En busca de Enrique. Evite usted una catástrofe.

FED.—¿Una catástrofe?

EMI.—¡Mi esposo es un asesino!

FED.—¡Caracoles! (Siguiendo dándole golpes en la mano.)

EMI.—¡Es el Moreno y Rubio que mató a su mujer en la calle de Leganitos!

FED.—¡Cascarillas! (No ha dejado de golpear la mano de Claudia, cada vez con más fuerza.)

CLAU.—(Dándole un bofetón.) ¡Que me hace usted daño!

FED.—¡Eh!

CLAU.—¡Basta de manoteo!

ROS.—(Volviendo en sí.) ¿En dónde estoy?

EMI.—¡Soy yo, mamá!

ROS.—(Levantándose.) ¡Ah, hija mía! ¡Aún vive! ¡Qué felicidad! (Ruido de voces, como si disputaran acaloradamente.)

EMI.—¡Silencio! ¡Esas voces!

FED.—(Corriendo al foro.) ¡Cáspita! ¡Su esposo de usted con una pistola en la mano!

ROS.—¡Ah! (Vuelve a caer desmayada en el sofá.)

EMI.—Vaya usted por un vaso de agua.

CLAU.—(Vase segunda izquierda.) En seguida.

Dichos, Próspero, Enrique y Adolfo. Salen disputando. Enrique con una pistola en la mano, Próspero con la escopeta.

ENR.—¡Repito que ya estoy harto!

Ayuntamiento de Madrid

PROS.—¡Ahora mismo voy a avisar a la justicia!
ADO.—Pero señor don Próspero, el asunto no vale la pena. ¡Y todo por lo de la calle de Leganitos!
PROS.—¡Caball! Antes de casarse debió prevenirnos. Esas cosas no se ocultan.
PROS.—¡Voy a dar parte a la Guardia civil!
ADO.—¡Qué desatino!
PROS.—Sígueme, Rosario. Y usted también, Federico.
ADO.—Federico. Vaya usted a ver si puede volverle a la razón.
PROS.—Dentro de poco nos entenderemos con el juez de guardia. ¡Tunante!
(Vase por el foro.)

Enrique, Adolfo y Emilia.

ENR.—¿Supongo que no harás caso de semejantes necedades?
EMI.—¡Pero, Dios mío, si yo no sé lo que aquí sucede!
ADO.—¿Usted tampoco? ¡Tiene gracia!
ENR.—Vamos a ver. Calma, y expliquémonos de una vez. ¿De qué me acusas?
[Responde!
EMI.—¡Te acuso de mantener relaciones ilícitas con otra mujer!
ENR.—¿Quién te lo ha dicho?
EMI.—La portera.
ENR.—¿La portera? (¡Ah, infame!)
EMI.—Llegué cuando contemplaba tu retrato: aquella fotografía, y entonces me dijo que eras el amante de Agustina. ¿Quién es esa mujer? Dime dónde está para que le saque los ojos.
ENR.—¿Agustina? No he conocido nunca ninguna de ese nombre. ¿Y tú? (A Adolfo.)
ADO.—Yo tampoco. He conocido Blasas y Petras... Pero Agustinas, jamás.
EMI.—¿Te burlas?
ENR.—No, vida mía. ¿Dónde está la portera? Veamos si me conoce. Sin duda me confundió con otro.
EMI.—¿Será cierto?
ENR.—Nada, nada. A la prueba me remito. ¡Engañarte yo!
ADO.—¡Y con Agustina!
ENR.—Cuando acabo de casarme.
EMI.—Eso sería infame.
ENR.—Monstruoso. Pero, vamos a ver. ¿Por qué razón me dijeron tus padres hace un rato, que perdonase tu falta?
EMI.—¿Mi falta?
ENR.—Eso es. A juzgar por tus frases, tú también me engañabas.
EMI.—¿Yo? ¡Ja, ja, ja! Es verdad.
ENR.—¿Cómo que es verdad?
EMI.—Digo que ya comprendo. ¡Ja, ja, ja! Todo fué por una carta que no quise entregarles, pero que más adelante te enseñaré.
ENR.—Y ellos supusieron...
EMI.—Caball. ¿Y me juzgabas de ese modo?
ENR.—Nunca lo tomé en serio. ¡Te lo juro!
ADO.—¿Ven ustedes cómo explicándose con calma se arregla todo?
ENR.—Corriente. A otra cosa. ¿Qué demonio les ocurre a tus padres?
¿Por qué cometen toda esa serie de locuras? ¿Qué hice yo para que me traten así?
EMI.—¡Toma; toma! ¿Te parece poco... aquello?
ENR.—¿Aquello?
EMI.—Sí. Tu primer asesinato.
ENR.—¿Eh?
ADO.—¡Zambomba!
ENR.—¿De quién hablas?

EMI.—¿Pero no mataste de un tiro a tu primera mujer? Tú, 'Moreno y Rubio' asesino de la calle de Leganitos.

ENR.—¿Yo? (Reflexionando.) ¡Ah... mi apellido...

ADO.—Te han tomado por el otro Moreno.

ENR.—¡Ja, ja, ja!

ADO.—¡Chistosísimo!

EMI.—¿Cómo... no fuiste tú?

ENR.—Pero, hija mía, ¿tengo cara de matar a nadie?

EMI.—¡Ya decía yo! ¿Mi esposo un asesino?

Dichos y Rosa

ROSA.—Señorito.

ENR.—¿Qué quieres?

ROSA.—Una señora pregunta por usted.

ENR.—¿Una señora?

ROSA.—Muy joven y muy guapa. Aguárda en ese gabinete. (Primera derecha. Vase Rosa.)

EMI.—¿Eh? ¿Qué señora es esa? ¿Quién es esa joven?

ENR.—Ahora lo veremos. (Abre la puerta y la vuelve a cerrar muy apurado.) (De-monio... Agustina.)

EMI.—¿Qué tienes? ¿Quién es esa joven?

ENR.—Lo ignoro.

EMI.—¿Lo ignoras y venía buscándote?

ENR.—No, a mí no. Venía buscando a este. (Señalando a Adolfo.)

ADO.—¿A mí?

ENR.—Eso es. (Ahora no está su mujer y puede salvarme.)

ADO.—Tal vez alguna enferma. Vamos allá. (Entra primera derecha.)

Dichos, Elena foro

ADO.—(Saliendo.) ¡Agustina!

ELE.—Aquí estamos todos.

ENR.—(¡Zape!)

ELE.—(A Adolfo.) ¡Calle! ¿Qué ojos tan espantados tiene mi marido!

ADO.—¿Yo? (A buen tiempo llega.)

EMI.—Será por la visita que acaba de recibir. Una joven muy guapa que está en aquel cuarto.

ADO.—(¡Qué monería de lengua!)

ELE.—¿Una joven? Veamos si la conozco. (Se dirige a la derecha.)

ADO.—(Interponiéndose.) ¡No! No entres, Elena.

ELE.—¿Por qué?

ADO.—Por... porque sería cometer una indiscreción. Esa joven no me busca a mí.

EMI.—¿A usted tampoco? ¿Pues a quién entonces?

Dichos y Ambrosio por el foro

ADO.—¡Ah! (Viendo a Ambrosio.) A don Ambrosio. Un momento. Allí dentro le esperan a usted. (Señalando la derecha.)

AMB.—¿A mí?

ADO.—Sí, señor. Pase usted, pase usted.

AMB.—Veamos. (Vase por la derecha.)

ADO.—(Si es hombre listo comprenderá nuestra situación.)

ELE.—¿Quién podrá ser?

ADO.—Lo ignoro. (A Enrique.) ¿Quién podrá ser, chico?

ENR.—Pero, hombre, si tú lo ignoras, ¿cómo quieres que yo lo sepa? (Oyese en

el cuarto de la derecha nn gran ruido como de sillas y muebles que ruedan. Se oyen también los gritos de una mujer y los de don Ambrosio.) ¿Qué es eso?

ELE.—¿Qué ocurre en ese cuarto?

EMI.—¡Parece que riñen!

ELE.—¡Vayan ustedes!

ADO.—¡Chico, entremos!

ENR.—¡Entremos!

AMB.—(Saliendo con el traje en desorden.) ¡Hay novedades!

ELE.—¿Qué ha sucedido?

EMI.—¿Quién era esa mujer?

AMB.—La mía.

ENR.—)

ADO.—) (¡Su mujer!)

AMB.—¡Sí! No había vuelto a verla desde hace diez años; pero en cuanto me na visto me ha tirado una silla a la cabeza. Como ven ustedes no ha cambiado de carácter. Por eso la he despedido diciéndola, que donde pasó esos diez años, puede pasar el resto de sus días. Pero señor, ¿quién ha traído aquí a esa mujer?

Dichos y Claudia

CLAU.—¡Aquí está el vaso de agua!

ADO.—¡Ah! ¡La portera!

ENR.—(Aparte a Claudia.) ¿Esa era la sorpresa que nos preparaba? Responda usted. ¿Es usted la que mandó a una señora que acaba de salir de esta casa?

CLAU.—¿A qué señora?

AMB.—¡Toma, toma! A mi mujer. Demasiado la conoce usted, puesto que guarda su retrato.

CLAU.—¿Cómo? (¡Era su marido!) Diré a usted. (Yo no sé qué decir.) Pues verá usted. Yo me encontré hace poco con ella, y me dijo ella (no sé qué de cir. —¿Dónde va usted? (Ya sé qué decir.)— Pues a casa de unos señores que viven ahí enfrente—. Entonces contestó ella:— ¿Quiere usted que vaya a buscarla y nos iremos juntas a Madrid?—Y yo la dije a ella:—Corriente. Ahí la espero.—Y por eso vino ella. Para que nos fuéramos juntas yo y ella.

ENR.—Ya está explicado.

ADO.—Más claro que el agua.

AMB.—Poco a poco. Todavía falta explicar algo más grave. Usted me dijo antes que el original de ese retrato, (Cogiéndole.) cortejaba a mi mujer.

ENR.—(¡Zambomba!)

EMI.—En efecto. También a mí me aseguró que ese mismo original tenía relaciones con una señora. Hable usted en seguida.

CLAU.—(En valiente berengenal me están metiendo.)

ENR.—¡Eso es! ¡Que hable!

ADO.—¡Que no hable, digo, que hable!

ENR.—¿Conoce usted el original de ese retrato?

CLAU.—¡Ya lo creo que le conozco!

ENR.—Que diga cómo se llama. De ese modo saldremos de dudas.

EMI.—¡Eso es!

AMB.—¿Cómo se llama este retrato?

CLAU.—(Leyendo.) Napoleón, Príncipe 14, fotógrafo.

AMB.—Que cómo se llama la persona que está aquí retratada.

ENR.—Dígalo usted.

CLAU.—(A Enrique.) ¿Lo digo?

ENR.—Si tal; con franqueza. ¿Cómo se llama? Diga usted la verdad.

CLAU.—Don Jeremías. No me cabe duda.

ENR.—¿Ven ustedes cómo me confunde con otro?

AMB.—¡Acabáramos!

EMI.—¡Esposo mío, estaba segura de tu inocencia!

ENR.—¿Te convences ahora?

CLAU.—(Parece que les gusta.) Sí, señor. Don Jeremías. Y el otro don Filemón.

AMB.—¿Cómo Filemón?

ADO.—El otro nombre. Tendría dos nombres. Jeremías y Filemón. (Haciendo señas a Claudia.)

CLAU.—Eso es... cabal; tenía dos nombres. (¡Pero señor, qué líos se traen estos condenados!)

ADO.—Vaya, vaya; no se hable más de ello.

Dichos, Próspero, Rosario y Federico, por el foro.

PROS.—Hay que atarle codo con codo.

ENR.—Mi suegro. (Fingiendo.) (Ahora verás qué susto le doy.) ¿Me tomaba por un asesino?... ¡Vas a morir!

PROS.—(Retrocediendo.) ¡Socorro!

ENR.—(Riendo.) ¡Ja, ja, ja!

EMI.—¡Ja, ja, ja!

PROS.—¿Qué significa esto?

ENR.—¿Conque me tomaba usted por un asesino?

EMI.—¡Pobre papá!

ELE.—¿Enrique un asesino?

PROS.—¿Pero qué... (A Claudia.) no es éste?

CLAU.—¿Quién?

PROS.—Conteste usted.

CLAU.—(¡Adiós, otro lío!)

PROS.—¿No es este el asesino de la calle de Leganitos?

CLAU.—¡Qué barbaridad! ¡Calle usted, señor! Este es mucho más joven y nunca vivió en aquella casa.

PROS.—Pero si tú mismo me aseguraste lo contrario.

ENR.—Yo hablaba de otra historia, papá suegro.

PROS.—(Dando un golpe a Ambrosio.) ¡Y todo por tu culpa! Hay novedades.

AMB.—¡Cáspita!

ROS.—Usted lo ha movido todo.

ENR.—¡Ah!... ¿Fué este caballero?...

AMB.—Señores, yo no fui. Me lo aseguró el delegado. Un error de nombre...

PROS.—¡Calla... Maquiavelo! Lo mismo que lo de tu sobrino. ¡Otra sospecha ridícula!... Federico, seamos francos, ¿quería usted, por ventura, casarse con mi hija?

FED.—¿Yo casarme? ¡Qué disparate!

ADO.—¿Casarse éste? Pues si le tiene tirria al matrimonio.

PROS.—¿Lo ves, mamarracho?

AMB.—Entonces, ¿qué carta fué aquella que le escribiste anoche?

FED.—¿Escribir a Emilia? ¡Usted sueña!

ADO.—Respondo de Federico. Este joven es incapaz de engañar a ningún marido.

FED.—¡Usted me conoce a fondo!... Gracias, don Adolfo. (Le da la mano.)

AMB.—Ea, bueno. Pues he visto visiones.

EMI.—Efectivamente. Federico me entregó una carta no hace mucho.

PROS.—Que no quisiste enseñarnos.

EMI.—Pero que ahora puede ver mi marido. (Dandoselo a Enrique.)

ELE.—(A Emilia.) ¿Qué haces? } (Rápido.)

EMI.—Salvarte. ¡Nada temas! }

FED.—¡Caracoles! ¡Le da la carta de Elena!

ENR.—(Tomando la carta.) ¿Tu marido? ¿Te figuras que no estoy seguro de tu inocencia y quieres probarla delante de todos? No necesito justificación. (Rompe la carta.)

FED.—(¡Respiro!)

ROS.—¡Ya decía yo que mi yerno era una persona decente!

PROS.—Y yo también. Nunca lo puse en duda. (Le abraza.)

CLAU.—¿Luego entonces puedo marcharme?

PROS.—Sí. Vaya usted con Dios y tome usted por la molestia. (Dándola dinero.)

CLAU.—¡Jesús, María! ¡Por la Virgen Santísima!

PROS.—¡Vamos!

CLAU.—(Guardándose el dinero.) Lo tomo para que no digan ustedes. Ea, que ustedes lo pasen bien, servidora de ustedes, estoy a los pies de ustedes. (A Próspero.) (¡Adiós, morrongo!)

PROS.—¡No me morronguees más, por San Antonio de Padua!

Despertar tu buen humor
quiso sin duda el autor
de este crimen inaudito.
Por eso pido contrito
el aplauso de rigor.

FIN DE LA COMEDIA

La Novela Corta

Revista popular de más cir-
culación y de más alto pres-
tigio literario de España.

APARECE TODOS LOS SÁBADOS



¡EUREKA!

ES EL MEJOR
CALZADO

Nicolás M.^a Rivero, 11
MADRID

STILOGRÁFICAS

Millares donde elegir
desde 1 a 300 pesetas

Casa MOZO Alcalá, 9
MADRID

POR SEIS PESETAS
puede adquirir un magnífico

FILTRO "ARSO"
de un rendimiento de 24 litros
al día, en la fábrica.
Prím, 5, (Barrio de Doña
Carlota) Puente Vallecas

PUEDE AHORRAR MUCHO DINERO
si antes de comprar muebles y objetos para su casa visita el
Hotel de Ventas, Atocha, 34

Precios sin competencia. Entrada libre. Guarda-
muebles.—Se compra toda clase de muebles.

LOS ANIMALES

El jueves próximo aparecerá

LA HORMIGA

Precio del cuaderno: 20 céntimos

LOS ANIMALES

Esta interesantísima e instructiva colección infantil que con tan creciente éxito venimos publicando, y en la que se describen de una manera detallada y amena, las costumbres de las fieras y los animales salvajes, se divide en

32 CUADERNOS

primorosamente editados, con bellas portadas en tricolor, consagrando cada uno de ellos a un animal diferente, a saber:

León.

Mono.

Elefante.

Tigre.

Aguila.

Cocodrilo.

Dromedario.

Avestruz

Oso.

Ciervo.

Canguro.

Lobo.

Serpiente.

Gato montés.

Bisonte.

Foca.

Caballo.

Perro.

Hipopótamo.

Jirafa.

Rinoceronte.

Tortuga.

Rata.

Rana.

Pingüino.

Lagarto.

Murciélago.

Hormiga.

Leopardo.

Hiena.

Abeja.

Ballena.

Precio del cuaderno: 20 centimos

NO SE ACEPTA EL PAGO EN SELLOS

PÍDANSE A CORRESPONSALES Y A ESTA ADMINISTRACIÓN, CALVO ASENSIO, 3. - MADRID

Oficinas y
Talleres de

PRENSA POPULAR

propietaria de **La Novela Corta, La Novela Teatral y Finé.**—Antonio Palomino, 1, y Calvo Asensio, 3. Madrid.

Ayuntamiento de Madrid